

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES

CANARIADAS DE ANTAÑO

(CUENTOS)



TIP. "DIARIO"^{SA}, BUENOS AIRES 96.

LAS PALMAS.

1926.

Canariadas de antaño.

A "Claudio de la Torre".



El temporal de Reyes.

CUANDO Policarpo Martínez, el maestro pedrero, se casó con Casildita Flores, el matrimonio se fué a vivir a una casa ferrera de la calle de la Carnicería, casi enfrente de la entrada de la calle de la Pelota, junto al barranco, el cual, naturalmente, no estaba en aquéllos tiempos como está hoy, pues no existía el puente que luego se llamó de palastro, ni había muralla de contención, ostentando el torrente, como en plena campiña, las márgenes bravías e irregulares que le diera Naturaleza.

Todas las noches del año iban Policarpo y Casildita a visitar al compadre Molina, el maestro barbero, que vivía en las Cruces de San Juan.

Los hombres jugaban al tute o a la napolitana, las mujeres hacían *crochet* junto al velón y la tertulia se disolvía cuando sonaban las diez en el reloj de la catedral.

.

Aquel día, seis de Enero, día de los Santos Reyes, anocheció lúgubrementemente. Los horizontes estaban velados por una niebla amarillosa, el áspero viento del sur corría desalado hacia la Isleta, como si desde allí alguien insistentemente le llamase y empezaban a caer goterones que frazaban en el suelo redondeles casi tan grandes como una pieza de dos cuartos.

Casildita, apesar del fuerte temporal que se estaba preparando, quería ir, como todas las noches, a la casa del compadre Molina; pero Policarpo se opuso. No era cosa de que a la niña le diese una puntada de pulmonía en el estado en que por vez primera se encontraba, estado de sumo interés, sobre todo para el marido que, como es natural, andaba con la interesante señora, *santo, donde te pondré*.

Todavía no se ha dicho que el maestro le llevaba veinte años a su mujer y que ésta tenía un mimo tan meloso que las amigas no podían oírla hablar (usaba la media lengua como los niños) sin quedarse todas enteramente *relajadas*.

...Después de oraciones, la lluvia empezó a caer con ruidosa violencia, los caños no daban avío a escupirla y a intervalos llegaba, traída por el viento, la amenaza lejana de los truenos.

A las nueve, ya Casilda y su marido estaban entre sábanas, ella en el catre *camero* de matrimonio, grande como un navío, y él en otro más pequeño, de los llamados de cuerpo y medio.

Por cierto que, a tiempo de acostarse, Policarpo tuvo la broma de decir:

— *Casirdita*, no vayas a hacer la gracia. Mira que la noche no está aparente.

Apagada la vela y después de un corto rezo, Policarpo se quedó dormido como un leño. De su boca de marena brotaron al principio bufidos, gorgoteos, que luego se resolvieron en un ronquido estentóreo, que gradualmente fué progresando en imperio y sonoridad, como si pretendiese apabullar a los truenos que lentamente se acercaban.

Casildita durmió un par de horas. La despertó una sensación general de angustia, de ardor en la piel, de molestísima picazón en todo el cuerpo. De cuando en cuando, atendía a la leve sensación de un dolor todavía impreciso, que serpeaba vagamente en sus entrañas. Con los ojos cerrados, se empeñaba en aplazarlo todo hasta el siguiente día y en su semi-vigilia dolorosa, le atormentaba el recuerdo de una gafa blanca que en la semana anterior había desaparecido de la casa, con gran pesar de su dueña, algo miligado por las protestas del compadre Molina que se había comprometido a recobrar la dulce prenda perdida.

.....De pronto, sintió la fulguración de un dolor agudo, de esos que parecen afirmar imperiosamente su presencia, como diciendo.—Ya estoy aquí!

La pobre Casilda se incorporó, temblando de susto.

— *Chichines!*

(Es de advertir que la muchacha, tal vez por inconsciente respeto a la calva del marido, nunca llamaba a éste por el nombre, sino por el apellido, cariñosamente confitado por la media lengua.)

—*Chichines*, enciende la vela!

Pero a ella le constaba el sueño de piedra de *Chichines*, su insensibilidad de estatua y, a falta del infalible medio de taparle las ventanas de la nariz, tuvo que apelar al zapatazo para despertarle.

Bajó la mano en busca del proyectil y sintió que su brazo se sumergía en un líquido glacial.

—Madre mía del Carmelo! La alcoba está llena de agua!

Dió un alarido tan terrible que, de golpe, Policarpo quedó sentado en la cama.

—Niña, por Dios, que te pasa? Te has vuelto loca?

—*Chichines*, enciende la vela!

Después de mucho bregar con la palmatoria y los fósforos, *Chichines* encendió la vela. Horror! La alcoba era un estanque, el agua tenía casi media vara de altura, la luz de la vela temblaba en la achocolatada superficie sobre la que flotaban las dos *cholas* del maestro, como dos lanchones de carga.

—Jinojo, fuerte estropicio!.. No te apures, niña. No es náa... El barranco que se ha rebosao...

Pero la infelz mujer, que empezaba a aislarse del mundo exterior, para reconcentrarse en su culla, recibía de continuo, con monotonía quejumbrosa.

—Ay, *Chichines*, que ya no puedo más. Ay vírgen del Carmen, ampárame!

—Carrizo, esas son palabras mayores... Qué?... Te parece que?...

—Ay, me parece que *chf*, *Chichines*!

—Y... mi niña... No te puedes esperar a mañana? Mira que la noche no es aparente...

—Ay, me parece que no, *Chichines!*

—Pues no te *agonfes*, hijita. Ahora mismito me levanto.

Dando zancajos en el agua, que casi le alcanzaba a las rodillas, se llegó al patio trasero y la emprendió a puñetazos con la puerta del cuartucho en que dormía la criada.

—Belén! Belén!

—Señor?

—Levántate, muchacha, por los clavos de Cristo!

Oyóse un chillido, causado por la impresión del agua fría en las extremidades de la doméstica y Belén, la tirajanera, desgrefiada, negruzca, abrió la puerta, con la boca dilatada por el espanto.

—Corre, *tírate un salto ca* Romaldita y díle que venga *a tiro*, que la señora está de función.

Suerte que la partera vivía muy cerca, en el callejón de la Gloria.

Aquella mujer inmensa, gorda como un hipopótamo, no tardó en llegar por el centro de la calle, cortando el agua, con la majestad de una fragata.

La alcoba, medio obstruída por las mujeres de la vecindad, acabó de llenarse con la mole de Romualdita.

El cacareo de las comadres aturdió y mareaba. Según su costumbre en casos tales, hablaban todas a la vez, sin atenderse las unas a las otras y no dejaban vivir a la tirajanera.

—Belén, la *borsolana*.

—Belén, la ropa chiquita.

—Belén, pon al fuego el caldero grande.

.....El temporal, afuera, vociferaba y gruñía, desarrollando su cólera monstruosa. Los relámpagos *eran el día*, los truenos estallaban en el mismo techo, el agua se desplomaba con abundancia y violencia aterradoras.

Las mujeres, excepto la paciente, reconcentrada en su agonía, tiritaban de terror. Cada vez que un relámpago parpadeaba violáceo en los vidrios de la ventana, cada vez que la detonación subsiguiente estremecía las paredes de la vieja casa, las señoras se persignaban:

—Santa Bárbara bendita sea con nosotros... Esta es *la fin* del mundo.... pero, en el fondo, estaban encantadas, o como suele decirse, *embulladas*. Que cosa! Caer en la cama en medio de un temporal, con truenos y relámpagos, y asistir ellas a la paciente con el agua hasta las corvas, como si estuvieran lavando en la *cieca*!

...A eso de las doce menos cuarto, rigiendo por tanto aun el día de Reyes, a tiempo que, tras una deslumbradora exhalación, retumbaba sobre el techo mismo de la alcoba, un trueno estrepitoso como un cañonazo, llegó Reyitas Martínez a este desagradable planeta.

—Una hembrita! Es una hembrita!!

Tan formidable fué el alboroto femenino, que Martínez, deponiendo su natural galantería, tuvo que mandarlas a callar:

—Cállense, demonios!

Pero era imposible contenerlas y el mismo Policarpo, con los nervios, tirantes como cuerdas de guitarra,

sentía la necesidad apremiante de gritar, de gesticular locamente.

Era que el interior de la alcoba en aquellos instantes convidaba a la demencia. El agua que entraba y salía, en continuo flujo y reflujo, la agonizante luz de las velas, los gemidos de Casilda, el agudo clamoreo de las hembras, el calor sofocante y pegajoso y sobre todo el olor a humanidad, combatido felizmente por el agua purificadora, que mitigaba la fragancia de las extremidades inferiores, todo ello formaba un conjunto terrorífico que parecía engendrado por un demonio en el seno de una pesadilla.

En aquel momento de confusión y de delirio, mientras las vecinas arreglaban la cama de la madre, se le ocurrió a Señá Romualdita trasladar a la recién nacida a la cama del papá, ocurrencia funesta, pues apenas se puso en camino con la niña en brazos, resbaló en las tablas húmedas del piso y se desplomó dando un penetrante alarido. El agua, desplazada por la enorme masa, saltó a una altura increíble, salpicando los cuadros devotos, los retratos de familia que colgaban de las paredes. Suerte que cayó sobre sus voluminosas posaderas, que si llega a caer a lo largo...? allí se hubiera ahogado sin remedio, porque el maestro Policarpo, el único de los concurrentes capaz de levantarla, se retorció como un epiléptico, con un ataque de inextinguible risa, entrecortada por una sola exclamación... el prisma!... el prisma!... Porque para el buen maestro la caída de la partera era fiel reproducción de la botadura de un bloque que él había presenciado

cuando los malaventurados conatos de construcción del muelle de San Telmo.

Cuando al fin la pobre Romualdita pudo ponerse en pié, derrengada y vacilante, estalló un clamor horrísono.

—Y la niña? *Aonde* está la niña?

—Estará en la cama chica?

—No señora.

—Y en la grande?

—Menos.

—Usted, Romualdita, la tenía en los brazos cuando se cayó.

—Santo poder de Dios! Mi niña, mi niñita! *Chichines*, si la niña no parece, yo me vuelvo local

...En vano el maestro Policarpo registró toda el agua de la alcoba, metiéndose debajo de las camas, escudriñando los más apartados rincones. En vano buceó en el líquido fangoso del zaguán y de los patios. De aquella faena resultó el infeliz padre hecho un horror, destilando agua y lodo, los cabellos y la barba amasados con tierra colorada.

En la alcoba se desencadenaba entre tanto un temporal tan imponente como el que reinaba afuera. Los gritos alcanzaban los registros más agudos de la *fesitura* femenina. Una promesa oír un sin fin de misas de rodillas; otra ofrecía llevar por un año el hábito del Carmen; la de más allá repetía con inconsciencia de idiota—Gloria arriba, gloria arribal... y la situación acabó de complicarse con un histérico que le dió a Romualdita, la que se revolcó largo rato sobre la cama del

maestro, profanando la blancura de las sábanas de varias y chocantes maneras.

Policarpo, en el colmo de la desesperación, se echó a la calle. ¿Qué hacer? ¿A donde ir? La niña estaba irremisiblemente perdida. Tal vez en aquel momento su blando cuerpecito se deshacía sobre las piedras del barranco...

...El temporal llegaba entonces al último extremo de su frementa rabia. Los relámpagos se sucedían sin interrupción, empalmando los unos con los otros. Los truenos retumbaban sin descanso, con estrépito continuo y monótono, como el de miles de carros desfilando uno tras otro por una sonora calzada.

Policarpo se plantó en medio de la calle, esperando que un rayo misericordioso le dejara seco.

...Entonces, sobre el estruendo del temporal se destacó una áspera voz de bajo cuyo dueño se acercaba al parecer por la calle de la Pelota.

Aquel sujeto entonaba, abusando de los calderones, la muy conocida danza:

Apiádate tirana
De mi dolor
Que... que por tí se muere
Se muere mi corazón...

—El *compá* Molinal

La voz se acercaba. Había cambiado de tema artístico:

—Cascarilla huevos
Y del caracol.
Echale sal al caldo
Y de la superior.

—Eh, *compá* Molina!

—Hola, *compá* Policarpo!

Los dos amigos se encontraron en medio de la calle, con el agua a la rodilla. El compadre Molina venía singularmente excitado, y al enfrentarse con Martínez, le vociferó en la cara esta frase, aureolada de alcohol.

Tengo, tengo lo que tengo.

Tráigo, tráigo lo que tráigo.

Y, apartando la capa y el chaquetón, mostró una cosa blanca, que al turbado Policarpo se le antojó ser una gallina desplumada.

Pero inmediatamente el fulgor de un relámpago le reveló la increíble, la maravillosa verdad.

—No es una gallina, jinojo, es mi niña, válgame San José bendito. Compadre, por la salvación de su alma, donde la *jalló*?

—Aquí *trasito*, en la esquina de la calle de la Pelota, navegando con rumbo al Toril.

Mas Policarpo ya no le oía. Tiraba de él con una fuerza sobrehumana, arrastrándole hacia la casa, gritando como un poseído.

—La niña! Aquí está la niña! Ya pareció la niña!!

Entonces si que la alcoba acabó de transformarse en celda de manicomio. Poco menos que a puñetazos tuvo el compadre Molina que defenderse de la acometida de las mujeres que todas querían arrebatarse la criatura; pero él no consintió en despegársela de su cálida barriga sino para dejarla en la cama, junto a la mamá que, al tocar el cuerpecito frío de la niña, tornó a gemir y a llorar;

—Ay mi prenda! Porque me la traen si está *yelada* como el granizo? Ay, quítamela *Chichines* que ya está muertita!

—Estése quieta, comadre. Y ustedes señoras más, por vida del susodicho renacuajo, no *rempujen*, suelten el *guayete!*

Y, apoderándose *manu militari* de la situación, el compadre Molina empezó a dictar órdenes, cuya ejecución competía siempre a la desventurada tirajanera.

—Belén, alcánzate la garrafa con agua hirviendo... vivo, todas las mantas que haya en la casa... tráete el frasco de ron alcanforado... Andate, mujer, que parece que tienes un quintal en cada pata!

...Friegas con ron alcanforado, garrafas ardientes... espesas mantas,... el chaquetón de Molina... a los cinco minutos, la chiquilla soltó un formidable berrido, primera manifestación del genio de todos los diablos que había de hacer famosa, andando el tiempo, a Reyitas Martínez en toda la ciudad.

...Había llegado al fin, el sabroso momento de estudiar a la recién nacida, de discutir los parecidos.

—Las orejas y la nariz son de *Casirdita*.

—Quite, señora. No vé que la niña es Martínez?

—Pa mí que está mezclada.

—Yo la encuentro algo menudilla.

—Pero tiene mucho cuerito que llenar.

...Renacía lentamente la calma. Como si el milagroso salvamento le hubiese enternecido, el temporal de Reyes se despedía discretamente con el murmullo de sus truenos atenuado, casi benévolo.

El maestro Policarpo trajo un garrafón de vino y una bandeja con bizcochos lustrados. El compadre Molina, que venía medio *templado* de su casa, acabó de *rascarse* con el vino y según su costumbre cuando se hallaba en tan agradable situación, dedicóse a recorrer, a paloseco, lamentando la ausencia de su guitarra, el repertorio de las danzas isleñas.

Entre risas y aplausos de la concurrencia, bailó con Micaelita la planchadora una de las danzas más lánguidas y tropicales de aquella época inocente.

—Si quieres vivir feliz

A América niña ven...

Y con la propia señá Romualdita que había trocado su papel de histericada por el de implacable verduga de los bizcochos lustrados, la otra danza, oriunda también de *allá*.

—Yo quisiera vivir en la Habana

Apesar del calor que hace allí...

...Cuando, después de las dos de la mañana, el compadre Molina se acercó a la cama para despedirse de Casildita, ésta, que había cogido un *embeleso*, abrió los ojos y dijo:

—Y mi gatita, compá Molina?

Quedóse el compadre algo cortado porque, a la verdad, su compromiso de capturar y devolver el animalito, se le había ido completamente del magín.

—Mire, comadre, yo no le digo una cosa por otra. Pa mi gusto; el animalito es cosa perdida.

—Perdida mi gatita!

—Con esos ojos la estoy mirando.

—No me lo diga, compadre, que me vuelvo loca!

—Pero mi niña, la decía el bondadoso marido. Consuélate, yo te regalaré otra.

—Pero no será como aquella *hi, hi, hi, hi*. No será como aquella tan cariñosa, tan *embustera*.

Las vecinas se miraban unas a otras, completamente *relajadas*.

El compadre Molina, con el acento razonable y grave que suelen tomar algunos borrachos para dar a entender que están *frescos* o sea en completa posesión de su intelecto, dijo:

—Comadre, *premtame* que le diga que no está usted en lo firme. ¡Como! Acababa de rescatar, como el otro que dice, a su niña, llora usted y *plantea* por una triste gata... ¡Hombre, por Dios!

—Sí, *compae*, si yo lo comprendo, pero no lo puedo remediar, *hi, hi, hi, hi*... Ay mi gatita blanca, ven que ya es hora, que tu Casirdita te canta y te llora!

Entonces el compadre Molina, creyendo sinceramente, con su buena fé de borracho, haber dado con el supremo consuelo para aquella cuila, plantado en medio de la sala, envuelto ya en su capa y farol en mano, entonó con su áspera voz de bajo:

—El que pierde un burro
Y *jalla* una cabra
Cuatro patas pierde
Que cuatro patas gana.

Suicidio.

EN aquellos tiempos (mediados del siglo anterior) era frecuente ver en las esquinas de la calle de Triana unos cartelones amarillos, encabezados por un barco con las velas desplegadas, debajo del cual había un letrero que decía poco más o menos:

Para Santiago de Cuba y la Habana.

Del cinco al diez de Mayo próximo saldrá de este puerto la rápida fragata Hermandad Isleña. Admite carga y pasajeros á los cuales su capitán don Buenaventura Ariñez dará el buen trato que tiene acreditado.

Pues bien; en el otoño de 185... la *Hermandad Isleña*, Capitán D. Buenaventura Ariñez, navegaba de regreso, saludando al padre Oceano con lentas y respetuosas cortesías.

Empezaba la aurora. El sol aun estaba debajo del horizonte, pero su marcha hacia arriba se revelaba en el avance de la luz que, al extenderse por el cielo pálido, apagaba aquí una estrella, más allá otra,

Un pasajero se paseaba hacía rato por la cubierta, con rápido y nervioso andar. Aquel sujeto flaco, pequeño, de nariz de cotorra y patillitas grises, era don Pedro Galindo, comerciante de la calle de la Peregrina conocidísimo en toda la Isla por el apodo o *nombrete* de D. Pedro el *físico*.

Entonces abundaba más que ahora el individuo, varón o hembra, de fino y enrevesado hablar, amator de palabras tan raras e inusitadas que, para entenderlas bien, era forzoso acudir al Diccionario. Añádase a esto una pronunciación extremadamente correcta y minuciosa, con mucho silbido de *eses* y exótico zumbido de la *zeta*.

D. Pedro Galindo era uno de los físicos más conspicuos de la Canaria de antaño. Cuando subía a la Vega de Enmedio donde su señora D.^a Juana tenía un *finquejo*, a coger las papas, les decía a sus amigos que iba al campo, *a la recolección de las miessses*. En cierta ocasión, dejó estupefacto a su amigo y tocayo el Procurador D. Pedro Merino, llamándole en plena calle mi querido *calondroño*. Decía de si mismo que estaba próximo a cumplir sus cuarenta y ocho *anualidades* y hasta a la Muerte, la fresca y desaprensiva tarasca que con todo el mundo se mete, la trató siempre con extremadas finura y cortesía. Nunca la llamó con su nombre vulgar, tan feo y desapacible, sino con el de gala y ceremonia: *el Obito*.

Pues bien, a D. Pedro Galindo le había ido muy mal en su última expedición a la Habana. Volvía a Las Palmas sin un cuarto, con el rabo entre piernas, con la

consoladora perspectiva de afrontar el negro y pavoroso entrecejo de D.^a Juana.

...En una de las vueltas de su nervioso andar, don Pedro notó la presencia de un bulfo cuadrado y negro, apoyado en la obra muerta. Era el contramaestre, *nuestramo* Pedro Piletas (otro *colondroño*), más conocido por Periquito *Poliadas*, apodo este último inmemorial en su familia. Aquel canariote de pura cepa, domiciliado en el Risco de San Bernardo, fumaba en una *cachimba* corta y negra y de cuando en cuando injuriaba al padre Oceano con un salivazo amarillento.

Acercósele D. Pedro.

—Nuestramo, me permite una palabra?

El bulfo levantó la cabeza y en la cara cetrina brillaron los ojillos de ratón.

—Pues bien, mi querido Piletas ha de saber usted que vuelvo de *Cubasss* sin una blanca, en plena bancarrota, *enteramente ayuno de todo numerario*. Por ende, mi queridísimo *nuestramo*, y aunque aun no he cumplido mis cuarenta y ocho anualidades, he determinado suicidarme.

Y, al observar una leve interrogación en los ojos ratoniles, D. Pedro explicó.

—O sea, en términos más asequibles a su rudo intelecto, tirarme al agua.

...Silencio absoluto. La fragata continuaba sus lentas y respetuosas cortesías. La luz se extendía cada vez más, borrando una tras otra las estrellas rezagadas, como el sacristán, terminada la fiesta, apaga las últimas velas del altar.

—Pues bien, apreciable Periquito, he pensado en usted para confiarle una delicadísima misión, y es la siguiente: tan pronto llegue el barco a Canaria me hará el favor de *tirarse un salto* a la calle de la Peregrina y de darle, con las debidas precauciones, a mi señora D.^o Juana, la nueva fatal de mi *obito*. También le hará usted entrega de mi equipaje y de mi último pensamiento, a ella consagrado... ¿Que le parece, nuestromo?

El viejo se quitó la pipa de la boca y dijo con su voz ronca y perezosa.

—Bien, Sr. D. Pedro.

—Puedo tener la plena y absoluta confianza de que usted cumplirá mi última y deliberada voluntad?

—Sí, Sr. D. Pedro.

—Irá usted a la calle de la Peregrina...

—Sí, Sr. D. Pedro.

—¿Entregará usted a mi señora D.^o Juana mi baul, mi maleta y el último latido de mi corazón?

—Sí, Sr. D. Pedro.

—Que me resta, pues? oh cáliz de la amargura, oh cicuta! Nada: seamos hombres, seamos fuertes!

(Voz lastimera).

—Adios, Periquito!

—Adios, Sr. D. Pedro!

—Adios, nuestromo!

—Adios, Sr. D. Pedro!

—Adios, mi querido Piletas!

—Adios, Sr. D. Pedro!

—En ésto, aterrorizados por el incipiente drama, algu-

nos muchachos se acercaron, dejando la faena. Allí estaban, negros como *casones*, olorosos, descalzos, el Quino, Espiguilla, los dos Mamertos, Boquirria...

—Adios, muchachos!

—Adios, Sr. Pedro!

—Adios mi querido *colondroño*,

—Adios, Sr. D. Pedro!

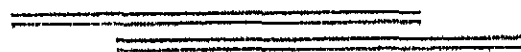
La catástrofe era inminente. ¿Que faltaba? Un gesto, casi nada. D. Pedro se dirigió hacia la proa con la majestuosa lentitud de un rey condenado, que encamina sus pasos al patíbulo... Saturados de sorna canaria, los isleños no movieron un dedo para detenerle... Apenas el suicida tocó la borda húmeda cuando despegándose de ella con repentino terror, corrió como una exhalación hacia la cámara. Al llegar al umbral se detuvo y con los brazos extendidos hacia los canarios, clamó con voz enfática y cavernosa:

—Corazones de figre, entrañas de cocodrilo!

Y luego, con entonación aunque aflautada no exenta de severidad.

—Mal educados, incorrectosss!!

...En el preciso instante en que el padre Sol, rubio y colorado como un inglés, se asomaba al horizonte muerto de risa.



Y yo llevo el guidón.

AQUELLA noche, como todas, el bondadoso Párroco de San Bernardo, D. Alejandro Macías, descansaba en su butaca leyendo el periódico a la luz de un quinquet, intentando ablandar con persuasivas chupadas la mala voluntad de una indómita tagarina, cuando, *pun, pun*, llamaron enérgicamente a la puerta de la calle.

— Quién?

Eran dos *roncotes*, feligreses de D. Alejandro, el hijo y el yerno de señor Pancho el Tollo, patrón del pailebot isleño conocido por la «Tiririna».

Apenas se enteró por los gruñidos de los dos cuñados de que el Tollo estaba *en lo último*, D. Alejandro expresó su sentimiento y su sorpresa en los términos que en tales casos emplear solía:

—Pero hombre, sí es un chiquillo, si apenas tiene sesenta años. Yo mismo lo casé, el año de la fiebre mentirosa... Y que es lo que tiene?

—Una pulmonía triple dijo con mucho énfasis Pepe, el hijo del Tollo.

—Cómo triple! ¿Por qué dices que es triple?

—Porque le repitió tres *ves*.

Como, según afirmaban los muchachos, *la cosa apretaba*, el buen D. Alejandro hizo sus preparativos en un abrir y cerrar de ojos, repitiendo de cuando en cuando:

—Desgraciado Tollo!

Ya dispuestos a marchar, D. Alejandro tomó la campanilla y, después de un instante de vacilación, la entregó a Pepe el Tollo que, por su próximo parentesco con el enfermo, parecía indicado para aquel supremo honor.

—Tú llevas la campanilla... eso es... la campanilla.

Y observando en el semblante paquidérmico de Santiago Boquirria, el yerno, la conmovedora expresión de un infantil desconsuelo;

—Espérate, muchacho, espérate. Que te crees? Aquí tengo otra cosa para tí. Lo ves? Aquí está el guión. Tú, eso es... tú llevas el guión.

Ya estaban en la puerta de la Iglesia.

—Fíjense bien. Tú, Pepe, vas delante, anunciando la presencia de Nuestro Señor con el sonido de la campanilla. Tilín, tilínt

—Tilín, tilínt

—Y tú, Boquirria, tú llevas el guión.

—Y yo llevo el *guidón*.

—Eso es, perfectamente, y ahora, andando, mu-

chachitos, que la Pelada no tiene espera. Tú, Pepe, delante con la campanilla.

—Tilín, tilín!

—Y tú, Boquirria, detrás de tu cuñado con el guión.

—Y yo llevo el *guidón*.

Y así, durante la penosa y lenta subida del Risco de San Lázaro hasta la casa en que agonizaba el pobre Tollo, atacado de pulmonía triple, el bondadoso don Alejandro observó, primero con asombro, y luego con regocijo que en vano procuraba reprimir que, cada vez que el Tollo sacudía la campanilla.

—Tilín, tilín!

Boquirria contestaba gravemente.

—Y yo llevo el *guidón*.



El joleo.

Tía María Marmolla era una vieja muy conocida en la ciudad, una empedernida alcohólica, domiciliada, por así decirlo, en las cuevas del Provecho.

Una noche de levante, avisaron a D. Alejandro para que llevara a la vieja los auxilios espirituales.

Sofocadísimo llegó el buen párroco a aquellas alturas y abriéndose paso entre la apretada concurrencia, (había allí hijos, nietos, yernos, vecinos) se acercó a la cama de la enferma.

—Que tal, comadre, como va ese valor?

...Hay varios estilos y formas de saludar, según lo atestiguan los viajeros. Sirvan de ejemplo los morros, los pieles rojas, los francmasones y también es notorio que puede saludarse con diversas partes del organismo, según lo demuestra la copla popular:

—Cuando dos se quieren bien

con los ojos se saludan...

Por ello, pudiera estimarse exageradas la sorpresa e indignación del concurso al oír la contestación que,

con tanta presteza como rotundidad, dió la tía María Marmolla al saludo de D. Alejandro.

—Vaya una desvergüenza!

—Que *farta* de educación!

—Portarse así con el señor Cura que viene a *jolearla*.

Otros, más benévolo y optimistas, repetían:

--Que fué sin querer, *cabayeros*, que fué sin querer!

Entre tanto, hombres y mujeres estrechaban a don Alejandro, mareándole, aturdiéndole con clamorosas excusas:

—Dispense, señor Cura!

—Su mercé ha de perdonar la licencia de una *probe enválida*!

—Flojeras de esta gente *mayor de edad*!

A todo lo cual, el buen párroco, tosiendo en su pañuelo de yerbas para disimular la risa, contestaba:

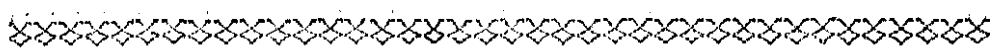
—No hay de qué... ya me hago cargo... Pobre Marmolla... queda dispensada... Nada, nada, no insistan, no me digan más...

Pero la cuñada, Pepa la Caballa, con la autoridad que la daban en la familia y en el vecindario sus *riales* y su genio de todos los demonios, acercándose a la cama, gritó al oído de la vieja:

—Afrentosa, ordinaria! Pa que ha jecho esa mala *cría*?

A lo que tía María Marmolla con voz ronca, pero desgraciadamente muy perceptible, contestó.

--*Pal que me jolea*.

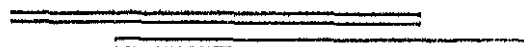


¿Se alcanza?

CIERTA mañana, una señora de libras llegaba sofocada y sudorosa, a la puerta de San Telmo, a tiempo que salía de la Iglesia un *roncote* viejo.

—Hermano, dijo la devota. Hágame el favor. Dígame, se alcanza ésta?

—Ezta? Ni con trei liñas. Que tiempo jase que muaron el taburete pa sotavento?





En la gloria.

OTRA noche, llevaron a D. Alejandro a la casa de los Mamertos, debajo de la Plataforma vieja, para auxiliar al abuelo de aquéllos, tío Ciriaco, que se estaba muriendo de un mal de miserere.

El pobre viejo agonizaba hacía tres días, torturado por implacables sufrimientos.

Después que hubo recibido al Señor, se tranquilizó bastante, abrió los ojos y pareció atender de nuevo, aunque de un modo vago, a las cosas de este mundo.

Pero un fenómeno singular se había realizado en él. Su corpachón, negro y macizo como una tonina, parecía reducido a la mitad y su voz áspera y profunda de *roncote* viejo, se había comprimido y adelgazado, trocándose en una vocecita trémula, mimosa y aflautada como la de un infante.

—*Hi, hi, hi, hi.*

En el momento en que D. Alejandro se despedía de la Mamerta, (una vieja inverosímil de puro fea) entró,

dando barquinazos, Espiguilla, el gran amigo y compadre del viejo Mamerto.

Acercóse a la cama y dijo:

—*Buenaj nochej noj de Dió. Compadre, como va la quisicosa?*

—*Hi, hi, hi, hi.*

—*Resebió a su divina Majestá, compadre?*

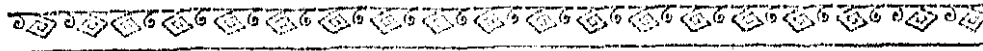
—*Hi, hi, hi, hi.*

Entonces, acordándose Espiguilla de la dolorosa retención característica del horrendo cólico, gritó en la misma oreja del enfermo, que era bastante impedido.

—*Ya descargó, compadre?*

Y, en medio de la sorpresa y desaprobación que en los Mamertos produjo la frescura y falta de respeto de Espiguilla (que diría el señor Cura?) dejóse oír el hilito de voz lénue, sutilísimo, aflautado como el llanto de un recién nacido:

—*En la gloria descargaré.*



La panadería.

Es innegable que la antigua curia canaria no puede competir con la de hoy en prestigio y respetabilidad; pero también lo es que los curiales de antaño poseían otras virtudes, por así decirlo, de que carecen sus sucesores, tales como el buen humor y la simpática afición burlas y francachelas.

La pesca era la pasión dominante en aquellos insignes varones. No contentos con las breves campañas piscatorias en las Canteras o en la Laja de los Sargos, organizaban a veces lejanas expediciones a Gando o a la playa del Cebadal, que duraban a veces hasta una semana, con ira y anatema de las respectivas señoras.

Porque en las susodichas expediciones no se trataba solamente de extraer de su líquido elemento a *viejas*, *sargos* o *saiñas*, sino que en ellas actuaba como indispensable protagonista otro líquido que no era el salado y amargo del Padre Oceano, sino el produci-

do por las viñas del ex-Monte Lentiscal y el que Holanda nos enviaba en verdes frasqueras, exhornadas con la silueta del pájaro tradicional.

Era costumbre reunirse para concertar el plan de campaña, en la tienda de *señá* Dolorcitas la buena, calle del Peso de la Harina.

Una tarde, congregados allí los expedicionarios y llegado el momento de precisar las aportaciones en numerario de los consocios:

—Yo, dijo uno de ellos, pongo un *fofón* para vino.

—Y yo, dijo otro, pongo dos *fiscas* para ginebra.

—Y yo, *idem* para *idem*.

—Y yo, medio duro para anisado.

Y como uno de ellos permaneciera silencioso en su rincón:

—Y tú, Gaspar, que es lo que pones?

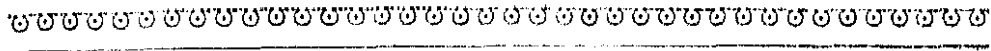
Gaspar, viendo que los demás ofrecían cuotas líquidas, creyó que era su deber proponer una aportación sólida.

—Pues yo pongo una *fisca* para pan.

Y todos, a una, le cayeron encima, con una exclamación:

—Pero hombre, vas a poner una panadería?





Pica-pica.

EL plátano del Líbano es un árbol de figura poco airosa y además pierde su verde *toilette* durante los meses de invierno. Y sin embargo, para los chiquillos de ayer y aún para los de hoy, es un vegetal tan apreciable como la platanera, porque si ésta produce el dorado fruto, *base y fundamento de nuestra riqueza agrícola*, aquél da de sí la insigne *pica-pica*; insustituible elemento de pasadas bromas, de estudiantiles travesuras.

«Sabido es que la semilla del plátano del Líbano se resuelve en sutílsimas películas que, puestas en contacto con la piel, originan un vivísimo prurigo, que el paciente intenta en vano calmar, rascándose desesperadamente.»

(Tomado de *La flora de Gran Canaria*, artículo periodístico).

En el salón del Colegio de San Agustín, durante las inacabables horas de estudio, no era raro ver a un

pobre chico moverse inquietamente, dejar los libros para rascarse tenazmente el cogote... hasta que sonaba el inevitable:

—Teodoriquito, sin juego!

—Señor Negrín, hasta las ocho!

En aquellos tiempos, el paseo central de la Alameda se desarrollaba entre una doble hilera de plátanos del Líbano.

Ahora bien, cierta mañana, al pasar por allí el Procurador D. Pedro Galindo, viendo el suelo sembrado de pica-pica, se llenó de ella los bolsillos, con la esperanza de que le sirviera para alguna *mataperrería*.

La primera visita de D. Pedro, llegado a la Audiencia, era siempre para el anciano y bondadoso Escribano de Cámara D. Laureano Almeida, cuya gravedad no era incompatible con los *chascos* de Galindo y de otros curiales de buen humor.

Ha de saberse que entonces tenía D. Laureano de escribiente a un infeliz varón, cándido y sin hiel, a quien toda la población conocía por Juanito *Cachorra*.

Sentado junto a la mesa de despacho, frente al sillón de su jefe, Juanito, con los espejuelos cabalgando sobre su nariz de batata, escribía en un *rollo* diligencia tras diligencia con su gallarda letra española.

Aquel día D. Pedro entró en la Escribanía con la faz tan demudada, que D. Laureano no pudo menos de preguntarle, accediendo a la muda invitación del visitante.

—Que le pasa, Periquito?

—Ay, Sr. D. Laureano, no me diga nada. ¿Se acuerda Vd. del cólera morbo-asiático del 51?

—Que si me acuerdo? Me dió en Tenteniguada y si no es por un *talla* de agua que me bebí hasta la última gota, Laureano el mío no estaría aquí para contarlo.

—Pues bien, Sr. D. Laureano, ha de saber Vd. (acercándose cautelosamente al pobre *Cachorra* y espolvoreándole una dedada de *pica-pica* entre el cogote y el cuello de la camisa) ha de saber Vd. que se ha presentado en la población una enfermedad muchísimo más mortífera que el cólera morbo-asiático.

—Que me está Vd. diciendo, Periquito?

—Lo que Vd. está oyendo, D. Laureano. Los primeros casos se han dado al mismo tiempo en San José y en el risco de S. Lázaro.

—Y cuales son los síntomas del mal?

Y, sobre todo, se conoce ya el remedio?

—Remedio, creo que no le hay. Los síntomas no engañan. Empieza Vd. a sentirse una picazón en el cogote, *pega* Vd. a rascarse y a los pocos minutos se queda Vd. lieso como un *tollo*.

Sonó un grito estridente, como el alarido de una gaviota en día de tempestad, seguido de un lamento entrecortado y estentoroso, como el que pudiera salir de una garganta estrangulada por el garrotillo.

—Socorro, Sr. D. Laureano! Confesión, confesión!

Juanito - Cántalo.

LA compañía de la Celimendi!
Los hombres de nuestra generación, aquellos cuyo advenimiento a la vida sexual coincidió con el suceso de Sagunto, no olvidarán nunca aquella temporada de invierno (fines de 1876, principios de 1877).

¿Conocéis a Juanito? Suponemos que sí, pues todo el mundo le conoce en la ciudad. Nuestro amigo, que ha sido y es un ejemplar del simpático humano para quien el Universo sería absurdo sin la presencia de *Ellas*, asistía todas las noches (con que subsidios?) a las funciones del teatro que más tarde, cuando hubo otro, se llamó *viejo*. Él aplaudía estrepitosamente a la gentil Carolina Celimendi en «El Molinero de Subiza»

...Una niña se fué al molino,

al molino en que puso su amor...

él les refa las gracias al tenor cómico Moreno y al bajo idem, Alcalde: él, reventando de orgullo, cambiaba cigarrillos y buenas noches con el tenor Monjardín y

con el barítono Moni, él ayudaba a la contralto señora Pérez a envolverse en su pañolón cuando salía de su *camerino*, él...

Punto y aparte. Estamos en la noche del estreno del «Robinsón», ofrenda de la Empresa al público, como desagravio del ruidoso fracaso de «Los Madgyares» al que, *dicho sea de paso*, contribuyó Juanito con sus chillidos y patadas.

«Robinsón»! Por mucho tiempo el buen público isleño había de hacer gárgaras con las coplas de Matías (*¡oh que buen país!*) con las imprecaciones de Miss Leona, con las estrofas del negro Domingo (*Ay mi Zeñó, ay cucuyé...*)

Muchos años han pasado (cerca de cuarenta y nueve) y sin embargo, los que entonces contábamos de quince a dieciocho, podemos evocar con la nitidez y la precisión de las cosas actuales, la imagen de aquella hilera de fascinadoras marineritas que, cada cual enlazando con el brazo el cuello de su compañera, se balanceaban rítmicamente.

—*A babor, a estribor*

somos marineritas del barco de amor.

Juanito, que ocupaba una *luneta* de la primera fila, pegadita a los músicos, fué, como soldado de vanguardia, una de las primeras bajas. Las candilejas emprendieron una danza vertiginosa, los palcos de *torna voz* se inclinaban y se enderezaban como si mutuamente se saludasen...

*Mis párpados se cierran,
Que sucede? Es el amor que pasa.*

¡Como entendía en aquella hora solemne, que no era moneda legítima su pasión por Pino la planchadora, ni la que imaginó sentir por una niña del Colegio de Jiménez y luego por una señora mayor, amiga de su mamá! Moneda falsa. La legítima, la auténtica, la de ley, era la saladísima morena que le sonreía (así lo imaginaba él) desde el proscenio. (Era la segunda marinera de la fila, empezando a contar por la izquierda).

Aquella misma noche Juanito, que se metía con la mayor frescura en el corro de sus focayos los don Juanes isleños (Gasparón, Cerrito, D. Tristán de la Penca) gente más o menos capitalista y mayor de edad, averiguó que la morenita acababa de llegar de la Península y era conocida en el coro por Soledad la manchega.

.....

A los pocos días, ya entrado Febrero, terminada la *campaña* en Las Palmas, los cómicos embarcaron para Santa Cruz de Tenerife.

... ¿Como se proveyó Juanito de los duros necesarios para la travesía del Atlántico y permanencia en la capital interina? Misterio cuya explicación, como dicen los escritores graves, nos llevaría muy lejos de nuestro asunto. Ello es que, a comienzos de Febrerillo el loco, ya le tenemos instalado, con una insignificante maleta, en la fonda de Panasco, plaza de la Constitución, en el cual establecimiento, ejemplar del probo albergue canario de otros tiempos, se alojaba la simpática Carolina y alguna que otra estrella de la constelación celi-mendina, entre ellas el astro manchego alrededor de

cual gravitaba Juanito, satélite majadero y zumbador.

Allí hubo de cumplir con el trámite, entonces inexcusable, de la declaración. ¿Fue oral o escrita?

Lo indudable es que Juanito obtuvo un *sí* como un castillo, porque de otro modo no se explica la proximidad o más bien yuxtaposición de él y ella en aquel mediodía inolvidable del lunes de Carnaval. Como no había función por la noche, la mayor parte de los artistas, libre de la enfadosa obligación del ensayo, se había reunido en la sala de la fonda. Allí Carolina, Monjardín, la Pérez, Lorenza Torres, la Ramos, las Ferreras... y también los D. Juanes de la vecina Canaria, Gasparón, Cerrito, D. Tristán de la Penca y otros más que habían cruzado el Atlántico, atraídos por el espejismo de éxitos constantemente aplazados. Por cierto que aquellos varones, enriquecidos por la cochinilla, no acertaban a comprender *la actitud* de la morena. ¿Acaso ignoraba ella que Juanito no tenía dos pesetas? Creemos más bien que ellos eran los que olvidaban que la muchacha había nacido en la Mancha, país del ensueño.

Contemplad, señores, el cuadro que presentaba la sala de Panasco, el lunes de Carnaval del año 1877. El maestro Molinita, gran consumidor de cerveza, acompañaba al piano, no a los artistas que economizaban sus gargantas y descansaban callando, sino a los pollos santacruceros que entraban y salían con paquetitos de polvos de arroz para embadurnar a las cómicas. El uno, graznaba la canción del tenor cómico de «El molinero de Subiza»

—*Quien fuera gato y entrar pudiera...*

El otro, pseudo-barítono, estropeaba con su des-
apacible vozarrón una joya del arte, la romanza de «El
Diablo en el poder»

—*En mi ausencia
Y en mis duelos...*

El de más allá, desafinado como un perro, desco-
yuntaba otra obra maestra, el vals de «Las Campanas
de Carrión»

—*De mi existencia
En los albores...*

Las criadas circulaban, distribuyendo dulces, cer-
veza, vinos, licores y hasta champagne, ofrendados,
dicho se está por los hipotéticos Don Juanes, *tantali-*
zados por el cuadro que, en un canapé solitario del
rincón más apartado de la sala, formaban Juanito y la
manchega. Ya él había conseguido besar las manos de
ella, regordetas y morenuscas, ya presentía, en el va-
cilar turbado de las negras pupilas, la alborada de una
dulce promesa, que estaba al caer... cuando una de las
criadas se acerca a la pareja y dice:

—D. Juan, ahí fuera está un señor que pregunta por
usted.

Un señor preguntando por él! Luego *él* no era un
chiquillo, *él* significaba algo en la vida y en la socie-
dad!

—Salgo enseguida.

Ah, mentecato, no hagas tal cosa. Manda a ese
señor, sea quien fuere, a *freir bogas al Toril*, apura la
delicia de este minuto de tu vida, único, irremplaza-
ble!

...En el patio, tuvo Juanito la sensación de la catástrofe. En el señor que le esperaba, reconoció al patrón del pailebot correo *La Polar*, maestro Zenón Quevedo, varón adusto y probo, el cual, poniendo cara de herrero, le dijo, sin preludios misericordiosos:

—Juanito, tengo orden de su padre de llevarle a usted enseguida a Canaria.

—A mí! Pues que pasa? Hay alguna novedad en la familia?

—Novedad, ninguna, pero su padre no quiere que usted siga ni un minuto más en Santa Cruz.

—Maestro Zenón, por lo que más quiera... déjeme hasta mañana!

—No puede ser. Me levo dentro de unos minutos.

—Pero siquiera, déjeme despedir de los señores que están arriba...

—Tenga orden de no separarme de usted ni un segundo...

—Y la cuenta?

—Ya está pagada.

—Y mi maleta?

—Ya está abordo.

.

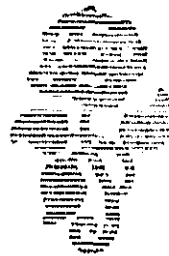
Las horas pasan. *La Polar* está en franquía, pero apenas se desplaza. La brisa duerme. A ratos se des-pereza, dá un empujón al barco y vuelve a quedarse dormida.

La noche es de luna, poética, solemne, Juanito vela hasta la aurora. Un desconuelo inmenso le llena el alma, y le hace sollozar. ¡Tan cerca y tan lejos!

(No os burléis vosotros, los fríos, los incombustibles para quienes la mujer es y será siempre un libro cerrado, un cuadro vuelto hácia la pared).

Sí, Juanito, bueno es que las almas de los viejos guarden, como los roperos el hálito de una antigua esencia, el perfume de un amor de niño, de esos que siempre serán pompa y alegría, porque nunca pasaron del albor de la mañana. Si no fuimos de los privilegiados a quienes Eros divino marcó con su hierro, al menos, estuvimos a punto de serle presentados, de comparecer ante su formidable realeza.....

La Polar llegó a Canaria el miércoles de ceniza por la tarde, y como faltaba brisa para dar vuelta a la Isleta, Juanito tuvo que *saltar por el Confital*.



Papá Bombardino.

Los hombres de nuestra generación éramos niños cuando el maestro Nicolás era ya viejo.

Siempre que nos reunimos pasa resucitar verbalmente los tiempos ya tan lejanos de la Canaria vieja, rara vez deja de surgir en nuestros recuerdos la figura familiar de aquel viejo alto, envuelto hasta en verano en una capa española, con su corta y redonda barba gris y sus ojos de miope, vagos y soñolientos.

Se le veía en todas partes, en la plaza del Mercado, en los poyos de San Telmo, en la Alameda, en las barberías, siempre taciturno, abstraído, tan distante de la realidad como los santos de palo que pasan, sin verlos, ante nuestros balcones en las procesiones de Semana Santa.

De soltero, cuando era oficial del maestro Pedro Nolasco, Nicolás trabajaba casi toda la semana, y según decía la gente, no carecía de habilidad en su oficio de latonero; pero más tarde, cuando se estableció

por su cuenta, encastillado al parecer en su dignidad de maestro, se limitaba a girar a la tienda *meras visitas de inspección*. En una palabra, y prescindiendo de vanos eufemismos, el maestro Nicolás era un *debaso* y él mismo así lo declaraba cuando decía, *en la más estricta intimidad*.

—Eso sí, el día que yo me muera, *cuerpito* más descansado que el mío no se habrá tragado nunca la tierra.

Cuando se casó, mejor dicho, cuando la pobre Madalenita se vió obligada por razones perentorias, a casarle con una de sus niñas, tuvo que ir a vivir con su suegra, porque él estaba tan arrancado como las mangas de su chaleco. Entonces fué cuando el maestro Nicolás, reducido, en plena luna de miel, al régimen eremítico de unas sopas de té, contrajo la famosa *tos de sótano* que por poco dá con él en las fatídicas Plataneras.

Cuando, fallecida Madalenita, mi hombre no tuvo más remedio que *poner casa*, nunca se dió el caso de que la pagara, sino el totalmente contrario de que el dueño tuviera que darle dinero para que se mudase.

Una noche (vivía entonces el matrimonio en la subida de los Remedios) el maestro fué despertado del primer sueño por unos rítmicos sollozos femeninos.

Era su señora, que suspiraba y lloriqueaba en el silencio de la noche.

—Mujer, qué tienes, porque lioras?

—Ay, Nicolasito, no he de llorar pensando en el día de mañana, cuando estamos *endrogados* hasta los

huesos, perseguidos como conejos por esos perros acreedores...

Maestro Nicolás dió una vuelta en la cama y quedó tendido de espaldas, con los ojos meditabundos fijos en el techo.

Al cabo de un rato de silencio, dijo:

—Mira, mujer, no llores más. Duérmete tranquila. Los acreedores... los acreedores... Ellos son los que tienen que llorar.

Pésima fué la temporada aquella, cuando el maestro vivía en una *accesoria* de la plaza del Pilar Nuevo. Entonces, literalmente, no tenía que comer. Por primera vez en su día llegó a sentir cansancio, desaliento y miedo a la catástrofe. Ya casi había tomado la extrema resolución de ponerse a trabajar, cuando su imaginación, espoleaba día y noche hubo de inspirarle un recurso enteramente inédito o a lo menos sin precedente en la complicada biografía del *Sable*.

Cuando joven había tocado el bombardino en la banda del Siglo y conservaba aún el estrepitoso instrumento de metal.

Pues bien, cuando sentía hambre, pero hambre de verdad, como la que puede tener el beduino extraviado en el desierto o el náufrago en las tablas de la balsa flotante en el Oceano, el maestro Nicolás embocaba el bombardino y soplabá en él con toda la fuerza de sus pulmones la serenata de *Fáusto*, que tantas veces oyera a su amigo Uetam, cuando éste en edad juvenil visitó las Canarias, formando parte de la Compañía de la Tili.

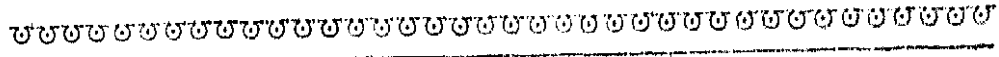
—*Tu che fai l'addormentata...* El bombardino vibraba hasta rajarse, la carcajada de Mefistofeles llenaba la Plaza del Pilar Nuevo, las paredes se estremecían, los techos temblaban...

Los vecinos, aturdidos, locos, hablaban ya de mudarse en masa, cuando uno de ellos tuvo la súbita intuición de la verdad: el bombardino no era un medio de expresión artística, ni un mero instrumento de tortura. El diablo de la serenata era en realidad un pobre diablo que extendía en el espacio sus notas estentóreas como otras tantas manos pediguieñas. Por ello, cada vez que el bombardino intentaba despertar los ecos del Pilar Nuevo, apenas estallaban los primeros trompetazos, el maestro Nicolás recibía de sus vecinos un cesto de fruta, un caldero de *tumbo*, un manojo de *tollos*, mensajeros de la calma y del silencio, pues mientras la familia comía, el mendigo de metal callaba.

Así es que el maestro Nicolás había llegado a querer al desaprensivo instrumento como a una persona de la familia.

De cuando en cuando, lo tomaba en brazos, lo estrechaba contra su pecho y lo besaba... *chu chu*, diciendo:

—Yo, pecador, me confieso a tí. Soy un *debaso*, un gándul, un desecho putrefacto de la humanidad terráquea. Tú eres el sostén y el amparo de esta desgraciada familia... *chú... chú...* papá Bombardino!



La filosofía de Juan Rapadura

JUAN Rapadura, perteneciente al honorable gremio de los *Palanquines*, tenía su despacho en uno de poyos de la Plazuela, junto a sus colegas Domingo Maita, Pescarranas, Resplardor etc. y su domicilio en una casa ferrera, exigua y viejísima que ya ha desaparecido, de la calle del Diablito.

Juan Rapadura no era un mal hombre. Para ser del todo bueno le sobraba su inmoderada afición a cierto establecimiento acerca de cuya invención dudaba el poeta si era o no moderna, o dicho llanamente y en buen canario, Rapadura acostumbraba *rascarse* y cuando se *rascaba* no admitía contradicciones ni aplazamientos en su servicio personal y sabía gratificar con algún *abanicazo* a su mujer, la pobre Leonorita, que salía a *planchar* para atender a las escasas necesidades de la familia. No tenían hijos.

Pues señor, una noche, entre nueve y diez, estaba Leonorita sentada junto a un fétido quinquet, apuntan-

do la ropa, mientras su marido tendido en la estera de palma, dormitaba con un *cabo* de virginio pendiente del labio inferior, cuando de pronto sonaron unos pasos estruendosos en el silencio de la desierta calleja.

—¿Quién será, a estas horas?

Leonorita, dejando la costura, se asomó a la estrecha ventana. Calle arriba, se acercaba un enorme *galibardo*, casi gigantesco, vestido de paño azul, con unas botas de agua que debían pesar una tonelada.

La señora de Rapadura reconoció inmediatamente en aquel sujeto a un tripulante de una de las fragatas yanquis que en aquellos tiempos visitaban, cargadas de guano, los puertos del Archipiélago.

Al llegar junto a la ventana, el coloso se detuvo, clavando en Leonorita sus ojos claros, inexpresivos. Probablemente su fantasía de bruto, alumbrada tal vez por la llama evocadora del alcohol, rejuveneció de golpe las facciones marchitas de la pobre mujer. El caso es que, envalentonado sin duda por el silencio y apartamiento del lugar, abrió con un rudo empujón la puerta y entró en la salita, cuyo techo casi tocaba con su cabeza rojiza.

Un chillido de terror.

—¿Quien es? Que se le ofrece?

Y como el extranjero continuaba mirándola con fijeza aterradora, Leonorita la emprendió a punta piés con el inconsciente Juan Rapadura, el cual se levantó al cabo tambaleándose y al ver al intruso, tartamudeó medio dormido.

—Hé, *mister* (para el isleño de aquellos tiempos

todos los extranjeros eran ingleses). Que es lo que busca?

El otro seguía mirando a la mujer, con insistencia de bruto.

—Cuando menos se ha figurado que *ésto* es el *seis de copas*. Póngase enseguida en la puerta de la calle, sino.....

El yanqui, por única contestación enarboló un puño, erizado de pelos rojos, tan grande como una libra de *bichillo*, y lo puso con cierta lentitud debajo de la nariz de Juan Rapadura el cual, de un salto, se plantó en la puerta de la calle.

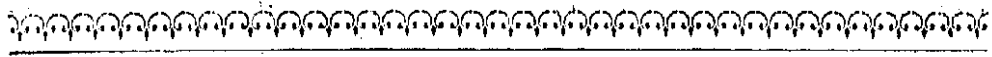
Leonorita corrió detrás de él, gritando:

—Pero Juan, que haces? Que me dejas sola? Ayúdame, hombre, socórremel

Entonces fué cuando Juan Rapadura pronunció la frase que la Historia ha conservado y que es como el extracto y la sustancia de la filosofía resignada y alcohólica del hombre viejo, cansado de cosas.

—Mira *jija*, arréglate como —*pueas*.





El fantasma.

AQUEL año, durante las vacaciones veraniegas del estudiante de Medicina, Angelito de la Concepción y Santos, empezó a hablarse en la ciudad de las apariciones de un fantasma en la calle de los Reyes.

Como en aquellos lejanos tiempos escaseaban notablemente los temas de conversación, es de suponer la avidez con que los concurrentes a la antigua botica, llamada *de las cadenas*, cayeron sobre aquel apetitoso bocado.

Esponáneamente, los contertulios se dividieron en dos grupos, el de los creyentes y el de los excépticos.

En el primero, se destacaban D. Narciso Alméida y D. Joaquín María Pedroso. Este último, que había pasado muchos años en la Isla de Cuba, afirmaba la realidad de lo sobrenatural, citando un caso de personal experiencia.

Una noche (vivía él entonces en Matanzas) fué des-

pertado del primer sueño por tres golpes acompasados y solemnes dados en la puerta de la alcoba. Miró el reloj (eran las doce menos cuarto) *apuntó el día y la hora* y en efecto, según pudo comprobarse matemáticamente, en aquel mismo instante en que se produjo la extraña manifestación, moría en el pueblo de Pájara de la Isla de Fuerteventura, su tía materna María de la O. Camejo.

Por su parte el viejo D. Narciso contaba que, siendo él pequeño, su familia vivía en una casa *pesada* de la calle del Faycán por cuyos corredores solían pasearse dos zapatillas viejas, grandes como galápagos, sin que se vieran los pies que las daban movimiento. Súpose luego que aquellas siniestras babuchas eran las de un canónigo que había fallecido en aquella casa, *cuando* la fiebre amarilla del año once.

El otro grupo, el de los excépticos, estaba exclusivamente formado por dos muchachos, Fernandito Cubas, poeta marítimo y redactor del «Omnibus» y Angelito de la Concepción y Santos, estudiante de Medicina de la Facultad de Barcelona, famoso por ser el único sujeto que en toda la Isla y tal vez en todo el archipiélago, había leído (traducidas, por supuesto) las obras de Büchner y Moleschott.

En el caso de autos, la *actitud* de ambos muchachos era de absoluta negación. No había tales fantasmas. Tratábase, sencillamente, de un *baladrón*, de un sinvergüenza que, para ahuyentar a los curiosos, salía por esas calles con una sábana por la cabeza y arrastrando un cacharro de *belmontina* con el propósito de

robar unas gallináceas o de penetrar, inobservado, en determinada mansión.

Cierta noche, al salir de la botica de las Cadenas, Fernandito y Angelito resolvieron dar cima al heroico proyecto de ojear al fantasma y de apoderarse de su persona, caso de tenerla, según los dos chicos firmemente creían.

Como la pareja era notoriamente insuficiente para tan arriesgada empresa, comunicaron su proyecto a dos amigotes, Juanito Morejón y Chanito Monagas, los cuales ofrecieron su cooperación, pero condicionada a la del maestro Ciriaco el mampostero, conocido por Magado, hombrón casi tan fuerte como un dro-medario, notorio en la ciudad por su frescura y atrevimiento.

Convidado a cenar en la casa del Pensativo, el Magado vaciló en prestar la ayuda de sus puños, con gran sorpresa de los muchachos.

—Yo, caballeros, estoy pronto a *fajarme a la piña* con cualquiera. Siempre que sea hombre *setivo*, pero no con ánimas del Purgatorio.

Al fin, entre corrido y amostazado por las bromas de los *colegiales* y enardecido también por unas copitas de ginebra, el hombre prometió dar una *entrada de guantazos* al siniestro guasón, siempre que fuese vecino de este barrio y no del otro; y por ello, a la siguiente noche, los cinco enforzados varones se constituyeron en la calle de los Reyes, poco antes de las doce.

Pero ni en aquella noche ni en las dos siguientes

hubo aparición alguna, como no fuera la de un formidable apetito que les condujo, a eso de las dos de la mañana, a la casa del Pensativo.

Llegamos al fin a la cuarta noche que había de ser memorable en los anales de las ciencias psíquicas.

La posición estratégica de los ojeadores era la siguiente. Uno se situaba en San José, a la salida del callejón de los Majoreros en el que, según los confidentes, se iniciaba la aparición. Dos se apostaban junto a la ermita de los Reyes para cortar al ladrón, tenorio o lo que fuese, la retirada por la Horca. Y los dos restantes imposibilitaban la huída del espectro hacia el centro de la población.

Pues señor, sería poco más o menos la media noche, cuando rasgó el aire el silbido de Juanito Morejón a quien había correspondido aquella noche la vigilancia del callejón de los Majoreros.

Oída la señal, los destacamentos de la calle de los Reyes se fundieron en uno con increíble rapidez y sus unidades tácticas, medio ocultas por la pared de la ermita, aguardaban al enemigo con audacia no exenta de prudencia, soportando estóicamente ciertas desagradables sensaciones, como la aceleración del pulso, la frialdad de las manos, el sudor helado de la frente.

...Ay, ay, es El! Es El, la inacabable estantigua que llega lentamente, callejón abajo, envuelta en un sudario blanco, precedida por la terrorífica llamarada de los ojos, siniestramente inmóviles y seguida por el lúgubre rebotar de la cadena en los *callados* del piso.

El primer impulso ¿para que ocultarlo? de los ex-

cépticos *colegiales*, fué imitar a los diez mil de Jenoponte, *máxime* cuando era inminente la deserción de Magado que, desde la entrada en escena del espectro, no cesaba de recitar:

—Anima, de parte de Dios te digo...

Pero el acento anheloso del denodado Morejón que bajaba a todo correr por el callejón de los Majoreros, gritando—Date, date, infundió a sus compañeros repentino valor y ellos también chillaron, aunque sin separarse del muro tranquilizador de la Iglesia.

—Date, date!

Y es que el espectro, haciendo poco honor a su diabólica categoría, tan pronto corría con atropellados zancajos, como se paraba indeciso, arrimadito a las casas, visiblemente desconcertado.

Los colegiales, enardecidos por el éxito, repettan con redoblada violencia el Date, date!.,. Ciriaco, enva-lentonado por el evidente desprestigio de la aparición, la insultaba con el clásico—Estúupanlo!, cuando la voz de un nuevo personaje dijo calmamente.

—Alto, caballeros, qué pasa?

—Frasquito!

—D. Francisco!

Era en efecto, Frasquito Alvarez Algaba, hijo de poderosa familia, jinete, cazador, enamorado y sobre todo, gandul.

—Ya, ya veo. Y que váis a hacer con ese *guanajo*?

—Por lo pronto, dijo Angelito con mucho énfasis, arrancarle la máscara, restituirlo a su pristina personalidad, a fin de que estos cándidos insulares se va-

van desprendiendo de sus seculares supersticiones.

—Y *aluego*, darle la gran *jentina pa* que aprenda, añadió Ciriaco.

—Calma, calma, amigos, recomendó Frasquito cuyo ascendiente sobre los demás parecía indudable. Yo me encargo de este asunto.

Y con admirable naturalidad, con sosegado paso, se acercó a la estantigua y la agarró por un pliegue del sudario.

Conviene advertir que, desde la llegada de Frasquito, el espectro se había ido humanizando, perdiendo poco a poco algunos de sus atributos infernales.

Los ojos fulgurantes, habíanse eclipsado, como si aquella enigmática entidad se los hubiese metido en el bolsillo y la desmesurada talla iba disminuyendo, disminuyendo... hasta quedar reducida a proporciones aceptables.

—Andando, señores. Vamos a casa y allí discutiremos tranquilamente este asunto.

Frasquito vivía con sus padres en un antiguo caserón de la calle de Argote de Molina. Abrió la puerta exterior con una llave casi tan grande como una pistola y entró en el inmenso zaguán, de bracete con el fantasma y seguido de los cinco cazadores, reducidos ya a un papel secundario.

— Anden con la punta del pié, no sea que los viejos se despierten.

En el piso bajo, a la derecha entrando, estaba el cuarto del niño de la casa, el cual abrió la puerta, en-

cendió una vela e hizo entrar al espectro, con estas persuasivas razones:

—Señor mío, sea Vd. quien fuere, ladrón de gallinas o secuestrador de corazones, puede Vd. tener plena confianza en nuestro honor. Pase Vd. y descanse, mientras deliberamos acerca de su suerte. Nada tema. Está Vd. entre caballeros.

Encerrada bajo llave la aparición, el jurado se constituyó en un rincón del patio. Frasquito, asegurando que no tenía interés alguno en el asunto pues, llegado aquella misma mañana de Tenerife, se había enterado del fantasma, hacía un momento, sostenía que el caso era delicadísimo porque en él podía quizás estar interesado el honor de una mujer.

—Yo propongo lo siguiente. Hay que obligar a ese señor a entregar la carta. Si resulta ser un vagañete, ladrón de gallinas o cosa por el estilo, lo botaremos a la calle, no con una paliza, que me parece demasiado, sino con un simple puntapié que le aplicará por ejemplo Magado, en mitad del trasero. Si es lo que yo me tengo fragado, un caballero o aunque no lo sea, un infeliz enamorado que trata de aproximarse a su idolo, entonces, caballeros, hay que despedirle cortesmente, deseándole mejor suerte y sobre todo obligarse bajo juramento a no revelar nunca su nombre ¿Conformes?

—Bien, está bien.

—Lo juran?

—Lo juramos, lo juramos.

—Prometo por mi honor, rectificó Angelito.

Entonces, Don Frasco se dirigió a su cuartito, abrió la puerta de él con cierta solemnidad y... oh! suceso descomunal, oh prodigio!! en la habitación *no habla nadie*, así como suena, el espectro se había evaporado.

En vano Juanito Morejón se metió heroicamente debajo de la cama, inútilmente Magado golpeó con su formidable puño las paredes... Ni humo ni pelo.

Desde aquella fecha, la *actitud* de Angelito de la Concepción y Santos con relación al Cosmos, cambió notablemente. Transigiendo con el misterio de las cosas, dejó de burlarse de lo sobrenatural, de los milagros, y del titulado *más allá*, y hasta hubo entre él y las *religiones positivas*, su poco de armisticio.

Pero la manifestación más significativa del nuevo orden de cosas, fué el eclipse de los tomos de Büchner y Moleschott, susituídos en la mesa de noche del médico por los ensueños del astrónomo poeta Camilo Flammarión.

Treinta años después. Una tarde D. Angel de la Concepción y Santos, Médico viejo y solterón, se hallaba en su despacho cuando vió entrar en él a un señor á quien conocía de vista, D. Juan Calixtro Santana, un indiano rico recién llegado de Ultramar.

—*Doctor*, dijo aquel sujeto apenas se hubo sentado. No vengo a molestarle al *respeto* de enfermedades. Aunque ya soy viejo, ni los médicos ni los boricarios me han sacado todavía un centavo. Vengo... a des-

cargar mi *conciencia*, como el otro que dice, o séase a pedirle perdón por un engaño que no tuve más remedio que hacerle.

—D. Angel.....

—Eso no dice nada. De este sucedido hace ya muchísimos años. Yo no soñaba con marcharme a América. *Pa* decirlo de una vez... ¿Se acuerda del fantasma del callejón de los Majorerós?

—D. Angel.....

—¿Se acuerda de una noche que fué *tras dél* de caería con el maestro Ciriaco, que por mal nombre llamaban el Magado y otros caballeros?

—D. Angel.....

—Y que *aluego* se les fué de las manos, se evaporó, como el otro que dice, cuando lo encerraron en el cuarto de D. Panchito Alvarez Algaba?

—D. Angel.,.....

—Pues bien, *Dotor*, el fantasma era yo.....

D. Angel.....

—Yo trabajaba entonces en la carpintería del maestro Daniel. Mi madre había sido criada de la casa de Alvarez Algaba. Frasquito, el niño, me *tenfa cogida la camella*, hacía de mí lo que le daba la gana. Como entonces *tenía que ver* con una señora viuda, de posición, que vivía en la calle de los Reyes, cuyo nombre no diría aunque de él me acordase, que no me acuerdo, el señorito me obligaba a hacer de fantasma, para amedrentar al público y poder *verse* con su *jembra*, de media noche *pal día*.

—D. Angel.....

—Déjeme reir. Había una puerta falsa en la pared del poniente, dando al callejón de las Animas. Por allí se escapaba Panchito el niño cuando salía de *rumantela* a escondidas de su padre y por allí me escapé yo aquella noche.

—D. Angel..... ..

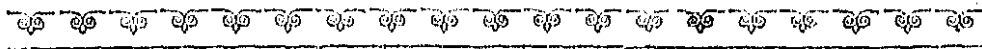
—Adios, *Doctor*. Me perdona, verdad? cosas de muchachos... Queda de Vd. seguro servidor Juan Carlitro Santana, con sus *riales* y su persona,

Después que se marchó el indiano, D. Angel estuvo largo rato aislado en honda meditación. Al cabo se levantó y erguido frente al espejo, que fielmente reprodujo la imagen del viejo *Doctor* con sus gafas de oro y su bigote ancho y corto de sargento, pronunció con voz récia y despreciativa.

—Idiota!

No habían pasado cinco minutos, cuando ya la restauración estaba consumada. Flammarión, corrido y destronado, pasó a la obscuridad y a las telarañas del *sobradillo*, y Büchner y Moleschott quedaron de nuevo instalados en su trono doméstico, la mesa de noche del Doctor D. Angel de la Concepción y Santos.





Tuberculosis.

EN Diciembre de 188... la casa de Madame Mélanie, calle de Tallers, número tantos, en la que vivían los estudiantes canarios de la Universidad de Barcelona, fué invadida por unos músicos belgas, contratados para tocar en el Teatro Lírico.

Por lamentable coincidencia, todos aquellos profesores estaban dedicados a la madera o al metal y como desgraciadamente se trataba de sujetos concienzudos y amantes del trabajo, a todas horas había siempre uno que estudiaba su *particella*, de modo que los ecos de la mansión nunca descansaban ni los estudiantes tampoco, bastando a disipar todo conato de reposo o empolladura, los suspiros de la trompa, los ronquidos del fagot, las nasalidades del clarinete, los abruptos del trombón.

Por todo ello y además por la extraordinaria acusación formulada por Negrín contra los bisteques de la francesa que, según él, procedían de fetos de vaca,

la colonia canaria determinó mudarse y pocos días antes de las vacaciones de Navidad, ya la tenemos instalada en la casa de Marieta, Ronda de San Antonio.

El ambiente había cambiado por completo. Salidos del fonducho cosmopolita, con sus camas sospechosas y sus combinaciones químico-culinarias, los isleños saboreaban en casa de la buena Marieta una impresión de paz y de cordialidad, algo parecido a un rescoldo del hogar lejano.

Tres mujeres había en la familia, representantes de otras tantas generaciones: la abuela *l'avia*, vieja de setenta años, erguida y valerosa aún, que rara vez salía de la cocina: la patrona Marieta que los canarios llamaban Madame de Pompadour, espléndida cuarentona exhuberante y aparatosa, coronada de rizos blancos, y la hija, ¡ay!, la hija, Joaquina, *la Quimeta*, más alta que Negrín cuya estatura era, sin embargo, guanchinesca, magnífica doncella que turbaba los ensueños de los estudiantes canarios con su voluminoso moño castaño claro, sus chapas rojas en cada mejilla, su nívea piel y sus ojos claros, serenos, alabados de dulce mirar.

El único hombre de la familia, si hombre podía llamarse al angélico Badoret, era éste último, Salvadrito en castellano, estudiante de la Escuela de Comercio, mancebo excelentísimo que solo tenía un defecto o si se quiere un exceso, el de creerse poeta en lengua catalana. Y no era lo peor que se lo creyese, sino que tratase de imponer su creencia a los demás.

Más de una vez se atrajo las maldiciones de Valentín Macías, ardiente devoto de la Química orgánica,

al quebrantar la paz y el silencio del estudio para recitarles las estrofas de una balada que entonces estaba componiendo y cuyo estribillo o *ritornelo* era:

Ja naix l'aubada

Canta l'aucell...

...versos que el autor declamaba con injustificado acento lastimero, como de persona que está aguantando un dolor intestinal.

Como entonces la mayoría de su público se componía de *castellanos* (castellanos, los canarios!) se empeñaba en enseñarles el catalán para que le entendiesen las poesías. Tenía prohibido que en la mesa se emplease otro idioma, con grave disgusto de Simoncito, que no tenía vocación de bilingüe y que aun en castellano solía equivocarse, desfigurando notablemente los nombres de calles y personas.

Para comunicarles la correcta pronunciación, Baudoret les hacía recitar fragmentos de un romance popular.

*Prop de Vich i á la muntanya
n'hi ha el poblet de l'Esquirol;
si quan neva ningú hi puja
quan Maig brota hi va qui vol.*

.
*Dihuen tots que la riquesa
La va guanyar fent un tort
que per robar una fadrina
Li van dar cent onses d'or.*

Al llegar a este punto todos los canarios clamaban al unísono:

—D'or?

Y Badoret contestaba, gravemente:

—D'or!

Así pasaban, ligeros y sonrientes, aquellos días de la dorada juventud, hasta que llegó el Domingo de Carnaval que caía aquel año en mitad de Febrero o sea quince días después del cobro de la pensión; de modo que, volviendo del revés los bolsillos de todos los estudiantes, la suma recaudada no hubiera excedido de dos pesetas.

Que hacer? Reunidos los estudiantes menos uno (faltaba Vazquitos que había salido a pedir a un amigo los apuntes de Canónico) decidieron embromar a la familia patronil.

El plan de la obra, el ordenamiento de las escenas, la distribución de los papeles y hasta el juego de los ingeniosos accesorios, fueron, como siempre en casos tales, encomendados a la inspiración de Veguita.

Al señor Negrín, que era el más flaco y enclenque de la colonia, le tocó haer de enfermo.

En pocos minutos le reintegraron a la cama de la que acababa de levantarse, le pintaron unas ojeras con corcho quemado y dejaron la habitación casi en tinieblas.

Aquí es conveniente, aunque doloroso consignar, que Macías, estudiante de Farmacia y de Ciencias Físico-Naturales, tenía su cómoda atestada de baratijas heterogéneas que el chico, verdadero caso de cleptomania, atrapaba donde la ocasión se le presentaba

propicia, en el café, en el Laboratorio, en el estanco y hasta una vez sustrajo unas gafas verdes que se hallaban sobre una mesa del Palacio episcopal adonde fué una tarde para despedir a un paisano canónigo que embarcaba para Filipinas.

Pues bien, entre aquellas chucherías figuraba un frasquito de permanganato, sustancia que tiene el color y la consistencia de la sangre. Con algunas gotas de ella en el fondo del orinal, quedó perfectamente simulada una hemoptisis. Y era de ver a Veguita con su gorrito casero, sin cuello de camisa y en zapatillas, en marcha hácia el retrete, empuñando el orinal, que por sí solo hablaba con siniestra elocuencia.

Como ya los chicos habían esparcido la noticia del ataque de Negrín, la Quimeta y la criada Matilde, cada vez que Veguita se acercaba a la puerta del mencionado lugar hospitalario, acudían, cediendo a la misteriosa atracción de la catástrofe, y al divisar en el fondo del recipiente, la significativa mancha roja, murmuraban, doloridas:

—Ay mare de Deu, ay, pobret!

El pánico cundía por momentos, porque Veguita, incurriendo como muchos artistas en la exageración y en el amaneramiento, prodigaba sus visitas al retrete, aumentando en cada una la dosis de permanganato, de modo que bien pronto fué artículo de fé en la familia que al pobre Negrín había de quedarle muy poca sangre en las venas y se pensó en llamar a Rodríguez Arias, catedrático de la Facultad de Medicina, Médico de los canarios, admirado y querido por éstos con fanática devoción.

La inminencia de la molestia que prontamente se iba a causar a D. Manuel, hizo que los chicos resolvieran poner punto final a la broma, no sin comentar con regocijo la transformación de la Quimeta, que, vestida con lo mejorcito, empolvada y calzando elegantes botinas, se había constituido en la sala, con un periódico ilustrado entre las manos.

Era que Rodríguez Arias, devoto admirador de ellas, la requebraba en andaluz, siempre que visitaba la casa.

...Acercábase la hora del almuerzo y como Vazquitos estaba *al caer*, uno de los estudiantes apuntó la idea de ampliar la broma, haciéndola extensiva al ausente; pero como éste había tomado parte en otros chascos organizados por la Colonia, los compañeros desconfiaban de engañarle y por ello fué grande su admiración y regocijo al ver que Vazquitos, que llegaba con los apuntes de Canónico, caía tan fácilmente en la trampa.

Sus miradas de terror saltaban de las ojeras cárde-ras de Negrín al bermejo potinge que casi llenaba el vaso nocturno, y como Vegulfa le dijese al oído que la causa determinante del ataque de hemoptisis había sido una violenta discusión con Teodorico, con motivo de la propiedad de un cepillo de dientes, Vazquitos, indignado, le echó los tiempos al culpable.

— Siempre has de ser el mismo, Teodorico, ¿Qué dirán los padres del infeliz Negrín cuando sepan esta desgracia?

Oído lo cual, le sobrevino al interpelado un acce-

so de aquella risa tan suya, simpática y contagiosa. Con las venas de la ancha frente hinchadas hasta reventar, inclinóse con ademán de atarse las cintas de los calzoncillos, ... y la carcajada, resolvióse en toses, estornudos y bufidos.

....A la una, hora de la comida, cuando ya estaban sentados a la mesa Marieta, Joaquina y Badoret, entraron en fúnebre hilera los canarios. Un silencio lúgubre, cortado por los suspiros quejumbrosos de las mujeres, reinó durante las primeras cucharadas de sopa. Y como era inminente una explosión de Teodorico, que éste contenía heroicamente con frecuentes sorbos de agua, Veguita, anticipando mal de su grado el desenlace, tocó con un cuchillo una copa, e instantáneamente se abrió la puerta y en el umbral apareció un espectro, acogido por las señoras con agudas voces de terror. Era el señor Negrín, que, envuelto en la prehistórica capa de Veguita, soplaba en un trombón valetudinario que Macías había comprado en los Encantes.

Así terminó, entre risas y algazara, la broma carnavalesca de los estudiantes, sin que nadie sospechara entonces la huella que había de dejar en el corazón inexperto del pobre Negrín.

Fué lo siguiente:

Cuando, a cosa de las nueve, los compañeros le dejaron solo en la alcoba cerrada y oscura, el chico, medio dormido, oyó que la puerta se abría y que unos pasos quedos y ligeros, indudablemente femeninos, se acercaban a la cama. Con los párpados fuer-

tamente cerrados, el chico tuvo la sensación deliciosa de un calor próximo, el ligero roce de un busto que se inclina y luego... ay... la presión de unos labios cálidos y suavísimos en su frente, mientras una voz, más dulce que el canto de la alondra, susurraba en su oído.

—Pobret!

En los días que siguieron al memorable Domingo de Carnaval, la actitud reconcentrada y silenciosa del señor Negrín revelaba un violento esfuerzo intelectual. ¿Le preocupaba la interpretación de un oscuro pasaje de la Odisea? No. Era que el chico caldeaba noche y día el horno de su imaginación para cocer en él un soneto consagrado a la Quimeta, incluyendo en la masa poética una alusión discreta, pero suficientemente clara, al beso aquel cuyo eco, por exigencias de la rima, resonaría eternamente en el fondo de su alma. (En un verso anterior, el poeta había perdido la calma).

Una tarde, aprovechando la ausencia de los compañeros, Negrín, tembloroso y con la boca seca y amarga, entregó a la Quimeta, que se hallaba cosiendo junto al balcón de la sala, el papelito con los catorce endecasílabos, que representaban otras tantas noches de insomnio.

Al observar que se trataba de versos a ella dedicados, la muchacha, sensible como todas las de su generación a las declaraciones rimadas, sonrió complacida; pero cuando llegó al pasaje aquel del beso (en el segundo terceto) se le encendieron las mejillas y protestó en voz baja:

—Oh! oh!

En ésto la voz de Madama Pompadour llegaba imperiosa a la sala.

—Quimeta! Quimeta!

Salió ella y él se refugió en su cuarto, temblando y con las manos frías, pero con una sensación deliciosa de alivio y descanso. Ya ella lo sabía. Que peso se le había quitado de encima!....

Detrás de la cerrada puerta, un susurro, el silbido de una ese que tiembla y oscila, desarrollando sus anillas, como una serpiente en marcha.

--SSSSSS.....

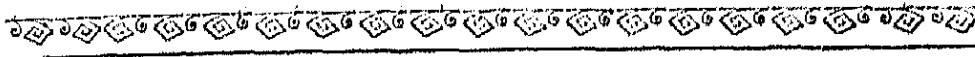
—Se puede?

—Adelante.

Entreabrióse la puerta... ay!... entre los desengaños, chascos, burlas, desaires y decepciones que a centenares se encuentran en una vida medianamente larga, ninguno comparable al que sufrió el señor Negrín en aquel instante, cuando la chica, cada vez más azorada dijo desde afuera:

—Sa equivocado, sabe? No fué servidora... *fué Pavia.*





Las ilusiones de Pan- --- *chito Fléitas.* ---

HACE más de cuarenta años, la colonia estudiantil canaria de Barcelona, tenía su residencia en la casa de huéspedes de Madama Melanie, calle de Tallers, número tantos.

Por las noches reuníanse los canarios para estudiar en el comedor, alumbrados por un pestilente quinquet que pendía del techo. Viérais allí a Veguita, Valentín Macías, Simoncito, Teodorico, Vazquitos, Negrón y Negrín, representantes de casi todas las disciplinas de que consta el humano saber: la Medicina, el Derecho, la Farmacia, la Filosofía, las Letras, las ciencias exactas, físicas y naturales. Cada cual labraba el surco en la parcela que le adjudicara la voluntad paterna. El uno extraía laboriosamente de un obeso tratado de Química inorgánica las bárbaras nomenclaturas, prontas a escaparse de la memoria, como el agua se

escapa de un cántaro rajado. El otro reproducía mentalmente con los ojos cerrados y una bolita de pan entre los dedos, una lamentable serie de historias clínicas. Este *sacaba los vocablos* griegos del lóbrego pozo llamado el Diccionario de Alexander. Aquel alterna la lectura de la Instituta con la de unas sobadas cartas de pretéritas novias que sacaba de un cajón de cigarros, con lentitud religiosa.

De pronto, sonaban en el pasillo unos pasos inconfundibles, de esos que anuncian y delatan la aproximación de unos pies determinados y no de otros.

¡Panchito Fléitas! exclamaban los muchachos, los unos, que eran los más, con regocijo, y los otros que eran los menos, con disgusto y contrariedad, porque, en efecto, la visita del paisano significaba el ostracismo de los libros, reemplazados por la sabrosa charla sobre temas canarios, aunque repetidos, siempre interesantes.

Era efectivamente el que llegaba, Panchito Fléitas, Teniente de infantería, el hombre más feo de la Gran Canaria, del Archipiélago afortunado y hasta de la madre España.

Andaba entonces nuestro amigo más cerca de los cincuenta que de los cuarenta. De corta estatura, su conlorno era tan elegante como el de un saco de papas. Usaba constantemente gafas negras y un bigote ancho, corto y erizado, de modo que antes que por militar le hubiérais tomado por dependiente de ultramarinos o por plumífero de ínfima categoría, tanto más cuanto que nunca le vimos de uniforme (con el cual ha-

bía de estar terrorífico) sino de americana desairada y rabona, obra indiscutible de una costurera, una de esas prendas a las que Veguita llamaba *polkas*, aplicando una de las imágenes más osadas de su arbitrario léxico, del cual formaba también parte el sustantivo *potro*, aplicado a las rectangulares sillas de Madama Mélanie, de rígido respaldo reñido con la comodidad del espinazo.

Procedía el teniente Fleitas de las Milicias Canarias y desde la época ya lejana en que había pasado al ejército, vegetaba tristemente y sin ascenso, pasando de esta a aquella guarnición.—Yo, solía decir, no sin orgullo, he recorrido toda la Península desde el *pico* de Creus hasta el *Portús*ss.

El pico de Creus suponíamos entonces que fuera el cabo de idem, pero nunca supimos de cierto por donde andaba el *Portus*ss. ¿Acaso sería *Portbou*?

Como desde hacía tantos años faltaba de Canaria, desconocía a la actual generación y vivía aún espiritualmente con las personas y cosas que fueron sus contemporáneas. Así es que cuando le noticiábamos la muerte ya de remota fecha, de una persona notoria de Las Palmas, solía condolerse de la desgracia como si fuese cosa de ayer.

—Pero hombre, se murió Candelarita la de Pam-baso? Que me cuentan Vds. señores míos?

Y la Doña Candelaria, hacía quince años, nada menos, que había vuelto las espaldas á las vanidades de este mundo.

Veguita sostenía que la *polka* había sido hecha o a

lo menos inspirada por Madalenita la del Terrero, costurera muy conocida en Las Palmas, extremo que nunca pudo comprobarse, pero sí el de que el hongo de Don Pancho había visto la luz en la sombrerería de Tavío, desaparecida de la industria isleña, allá por el año de 1870.

Este sombrero hongo del señor Fleitas, voluminoso y de alas rectas (entonces se usaban de alas diminutas y retorcidas) era objeto de la ardiente curiosidad de los estudiantes que hubieran dado cualquier cosa que no fuese numerario, por tenerlo un instante entre las manos y resolver definitivamente los problemas históricos con dicha prenda relacionados.

Al fin, una noche que D. Pancho se vió obligado a visitar cierto lugar reservado de la casa, los canarios cayeron sobre el hongo como *guirres* sobre una presa, comprobándose entonces la exactitud de las conjeturas cronológicas de Veguita, porque en el fondo del sombrero podía aún leerse, semi borrada por la grasa, la inscripción «Sombrerería de Tavío calle de la Carrera, núm... Las Palmas».

Por cierto que Valentín Macías, estudiante de Farmacia y Ciencias exactas, manejando con celeridad un metro de bolsillo, llevó a cabo la delicada operación de ubicar el hongo.

Casi siempre las visitas de Panchito Fléitas duraban hasta las once. Uno de sus temas predilectos era la ignorancia y falta de finura de sus compañeros de armas, cuya educación calificaba él de cuartelera. Su inocente y mal oculto empeño era que le tuviesen a él

como tipo y modelo de esmerada educación y de clásica cultura. Mas de una vez nos ponderó la admiración que en el Coronel del Regimiento produjo un discurso que él, Fleitas, leyó en una velada militar, discurso que había escrito cuando era estudiante del Seminario Conciliar de Las Palmas y que versaba sobre los tropos de dicción y de sentencia.

Más que la ineultura, le molestaba la ordinariez. Verse rodeado de gentes que, cuando él estaba cansado de usar guantes empezaban a ponerse los primeros calcetines!

—Querrán Vdes creer, paisanitos, que en una *sua-ré* decente, a la que me llevaron unos amigos, la señora de la casa, una señora respetable de la clase media, viuda de un alto empleado de Aduanas, me preguntó si yo sabía como se llamaban las tres hijas del Profeta?

Nunca supo el honrado D. Francisco que aquello fué una broma estúpida, organizada por unos oficiale-tes malcriados y que la señora del cuento no era de la clase media, ni siquiera de la ínfima.

Pero ya es tiempo de consignar en estos recuerdos la preocupación magna, alrededor de la cual giraban todos los pensamientos, la vida toda del infeliz teniente.

Afirmaba éste que, en virtud de no sabemos que combinaciones, al ascender a Capitán podía él figurar en el escalafón con la antigüedad de su primer nombramiento de Capitán de las Milicias canarias, antigüedad casi prehistórica que le ponía a dos dedos del otro ascenso... y añadía que la cosa era factible, que era como tenerla en la mano pero que... ay..., era in-

dispensable *untarle el besó*, como él decía en buen canario, a..... X, de quien dependía el éxito de la combinación, justicia, chanchullo o lo que fuera.

Y ésta es la ocasión de hablar del hermano que don Pancho tenía en Canaria, Miguelito Fleitas, usurero recalcitrante, verdadero *Alejandro en puño* y de la casa alta y sobradada que los dos hermanos poseían, *pro indiviso y por iguales partes*, en la calle de los Barreros.

En casi todos los correos Panchito le escribía a su hermano, rogándole, exigiéndole, que vendiese la casa y le girase su parte en el precio para lograr con ella la anhelada bienaventuranza; pero a todas las epístolas de su hermano, D. Miguel contestaba invariablemente.

—Tómame una tacita de agua de *poleos* y vente para esta tu casa.

—Pues si es mía, exclamaba no sin razón D. Francisco, véndemela y mándame los cuartos!

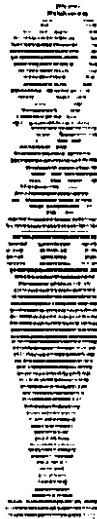
Por mucho tiempo creíamos que aquel *monoideismo* de nuestro paisano en lo tocante a la venta de la casa y logro de la combinación, obedecía solo al deseo de vivir con mayor holgura, en una casa de huéspedes limpia y decente, frecuentar el teatro y el café y sobre todo, poderse retirar de Comandante; pero al fin supimos, no recordamos como, que Pancho quería ser capitán *para casarse*, sí, *para casarse* con una jovencita, huérfana de un compañero de armas.

¿Quién era la infeliz cuya actuación en la vida había de reducirse a compartir la suerte de Pancho Fleitas, hombre sin un cuarto y además el más feo de Gran Ca-

naría, del Archipiélago afortunado y de la madre España? Nunca lo supimos. Lo cierto es que Panchito no ascendió a capitán, que lo retiraron de teniente y que murió, soltero, no sabemos cuando ni donde.

¿Porqué ESE que entiende de estas cosas y manda en ellas, no le otorgó a Pancho Fléifas la humilde porción de ensueño y felicidad que él, pobre, feo y viejo, pedía como una limosna?

Bah! El saberlo equivaldría a poseer el secreto de la vida.





La arenga.

CUANDO el bondadoso señor Prat y Subirana, que entonces regía la Diócesis de Canarias, emprendió su visita pastoral a los pueblos del Norte, nadie creyó que pasara de Arenucas. Más allá quedaba el pago de Aregayeda; arrellanado en la falda de la madre Cumbre; pero entre la Villa y el poblado se abría un hondísimo barranco y se interponían varias cuestas empinadas y pedregosas.

Por ello fué grande la sorpresa de los arenuquenses cuando, antes de rayar el día, S. I. se puso gallardamente en marcha, descargando el peso de sus sesenta y tantos años en el brazo vigoroso de su Secretario el simpático Martinito, robusto mocetón cuya estirpe indígena se delataba en la estatura procerosa, en la ancha cara juanetuda, en el color *ruano* de su pelo y en el azul de sus pupilas, el azul especial claro y como desteñido de los ojos canarios, que guardan el misterioso reflejo de las generaciones muertas.

Martinito, el *noy* como cariñosamente le llamaba el señor obispo, hubiera sido casi perfecto, sin aquella su intuición casi enfermiza de lo cómico. Lo husmeaba, lo presentía en las escenas de la vida diaria, a veces en las más serias y solemnes, en las que el intruso suele deslizarse y esconderse.

.....Rodeados de la penumbra crepuscular, vadearon el sonoro barranco, saltando de piedra en piedra, mojándose los pies en la corriente fresca y viva, y luego, ya dorado el sendero por la ténue claridad del alba, emprendieron la subida de la cuesta, que desarrollaba en la montaña sus elegantes ondulaciones que terminaban allá arriba en una casita blanca, iluminada ya por el sol.

El señor Obispo se mostraba cada vez más contento con su expedición. Parecíale hallarse en las montañas de su país, en compañía de los árboles de la zona templada, familiares a su contemplación desde la niñez, castaños y nogales, maravillado por el lujoso ornamento de helechos y madreselvas, embelesado por la sonora risa de las acequias, que a veces cortaban impertinentemente la vereda.

—Esta Isla es un paraíso, repería Su Ilustrísima. ¡Que hermosura, que variedad de producciones! Abajo, en la costa, la flora de los trópicos: aquí, en las alturas, la apacible robustez de las plantas de la zona templada, la brisa fresca y olorosa, y el agua, saltando y riendo por todas partes, como un colegial en vacaciones... Esta Isla es un paraíso.

—Sí, Ilustrísimo Señor, es un paraíso. Conformes;

pero este paraíso tiene como el otro, su serpiente.

- Qué serpiente, querido *noy*?

—La oratoria de los alcaldes y cacicones, enemiga del repaso de los viajeros, molidos por el cansancio y el madrugón.

—¿Elocuencia en estas alturas? Tú estás soñando. Estas gentes rudas y sencillas desconocen los trajes de gala con que solemos vestir a la palabra en días de ceremonia. La usan con la ropa de diario y de faena.

....Vencida casi la cuesta, blanqueaban en la altura las primeras casas de Aregayeda. Con asombro primero, con alborozo después, observaron los viajeros que, a uno y otro lado de la senda, surgían a intervalos unos rapaces negros y descalzos que, después de lanzar un prolongado *aguijido*, salían escapados con dirección al caserío.

- Son los heraldos del Ilustrísimo Visitador, decía Marlinito.

—Hay otro que nos anuncia hace un buen rato. En el fondo del barranco empecé a oírlo, ténue y borroso como el zumbido de un insecto. Es el esquilón de la Ermita. Le oyes? Nos llama, nos invita a que lleguemos de una vez.

A la entrada del pueblecito, debajo de un arco formado de ramaje y flores, un grupo de hombres, mujeres y chiquillos aguardaba, de rodillas, la bendición del Prelado. Al levantarse la gente, quedó en primer término, significativo como un obelisco, un personaje alto, un viejo con profusa barba blanca, cuya superior-

ridad sobre la muchedumbre se mostraba con toda evidencia.

—No lo dije? Ya pareció aquello, susurró Martinito.

El anciano, en efecto, se acercó al señor Obispo y, después de una tos conminatoria, dijo con hermosa voz de bajo:

—Ilustrísimo Señor...

Respetuoso silencio. Los aregayenses atendían con la boca abierta. Pasaron segundos, largos como quinquenios. La angustia empezó a oprimir los corazones, sobre todo el del bondadoso señor Prat. Indudablemente la arenga se le había escapado al pobre señor, como un pájaro que encuentra abierta la puerta de la jaula.

Así era. Llevóse ambas manos a la frente, con gesto de desesperación y desaliento.

—Eh! ¡Ya se me fué!

Consternación y desencanto de los fieles aregayenses. Solícito acudió el señor Prat a consolar al pobre viejo, asegurándole que el percance nada tenía de extraordinario, que él mismo, ocupando la sagrada cátedra había sentido de pronto que oscilaba, próximo a escaparse, el hilo del sermón, Todos no podemos ser oradores. La elocuencia es un don que el Señor distribuye con muchísima parsimonia.

Y, platicando de esta suerte, llegaba el Visitador, rodeado de su grey a la placeta en que se alza la pobre Ermita, cuando de pronto el alcalde pedáneo se detuvo y dándose en la frente una furibunda palmada, gritó:

—Ya, ya me acuerdo...

Conticuere omnes... Formóse un círculo atento y silencioso. Después de una tos conminatoria, el orador dijo con hermosa voz de bajo:

—Ilustrísimo señor: el pago de Aregayeda saluda respetuosamente a Ustía Ilustrísima.

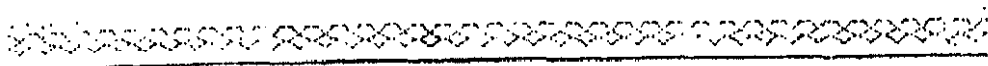
He dicho.

...Algo como el rugido de una fiera, seguido de una aspiración estentorosa. Era la risa de Martinito, empeñada en disfrazarse de tos.

Contúvole el señor obispo con una mirada severa, murmurando al propio tiempo.

—Oh, *Sancta Simplicitas!*





La cena jocosa.

No salió tan bien parado Martinito de otra visita pastoral que hizo el señor Prat y Subirana, años después de la anteriormente referida.

Aunque la carretera de Las Palmas a la villa de Andux no estaba aun terminada, el coche de su Ilustrísima pudo llegar, no sin trabajo, a la única plaza donde le esperaban las autoridades, el Alcalde, el Párroco, el Juez de Paz, los funcionarios y las personas de nota, el secretario del Ayuntamiento, el maestro barbero, el presidente de la Heredad....

La misma noche de la llegada había cena en honor del Prelado, lo que hoy llamaríamos *homenaje*, en casa del alcalde, un indiano que con sus veinte mil pesos del país pasaba por rico en aquellos tiempos paradisiacos.

...Empezaban los comensales a tomar la sopa, que era de caldo de gallina, con huevos, cuando una criada se acercó al Secretario del Ayuntamiento y le susurró al oído algunas palabras.

—Ilustrísimo señor, dijo aquel funcionario levantándose, pongo en el superior conocimiento de V. I. que el Ayuntamiento de esta referida Villa, en sesión celebrada en no recuerdo que día y mes del año en curso, acordó formar una banda de música, trayendo de Barcelona el instrumental al efecto necesario. Ahora bien, Ilustrísimo señor, el director de la mencionada banda, que es al propio tiempo el maestro de escuela de esta más que repetida Villa, desearía honrar a V. I., dicese, que V. I. le honrase con la audición de una pieza, para amenizar este memorado refrigerio, sin perjuicio de la serenata de que en su día se hará mérito.

Martinito dirigió una mirada de terror al señor Obispo, el cual manifestó plácidamente.

—Con mucho gusto. La Iglesia es la gran protectora de las Artes. Sobre todo de la Música. *Emollit mores.....*

Cuando los artistas municipales entraron uno tras otro en el comedor con un desfile de pesadilla, observó el *noy* que estaban en terrorífica mayoría los instrumentos de metal y que la corpulencia de éstos no guardaba proporción con la talla y vigor de sus mantenedores. En efecto, al paso que desmedrados y anémicos jovenzuelos cargaban con bombardones casi tan grandes como ellos, un gordo y desaforado *galibardo* llevaba entre el índice y el pulgar un pífono casi tan fino como un palillo de dientes. El último que entró en el comedor, cerrando la fatídica marcha, fué el del bombo o *tambora*, precedido de su instrumento, que parecía una prolongación filarmónica de la barriga.

—Con la venia del dignísimo Prelado, dijo el Secretario, dará comienzo el concierto de que se acaba de hacer mención. Señor Aríñez, sírvase tocar el paso doble del Valle de Andorra.

...Alzar el maestro la batuta y estallar en la sala un estrépito inaudito, un clamor de tempestad y de terremoto, que dejó atónitos y estupefactos a los convidados, fué todo uno. El estridor de los cornetines perforaba el tímpano, el tronar de los trombones estremecía el cráneo, el mugido de los bombardones era como el preludio de una catástrofe cósmica, de cuando en cuando el silbido de un pífano atravesaba el aire como el chillido de un ave, barrida por la tempestad... Había unos segundos de expectante silencio... y de pronto un golpe seco y brutal del bombo y de los platillos aterrORIZABA a los circunstantes, como el súbito anuncio de una desgracia de familia.

El señor Obispo había cruzado las manos y permanecía inmóvil, resignado, con la cabeza baja.

En los primeros momentos, Martinito pudo conservar la serenidad, a fuerza de aislarse, de trasladarse mentalmente a otro lugar del planeta, de concentrar su atención en la redondez brillante del plato... pero cometió la imprudencia de alzar la vista y entonces se consideró perdido.

En efecto, frente a él se desenvolvía la actividad frenética del director que se encorvaba, se alzaba, se inclinaba ora a la derecha, ora a la izquierda, agitando con temblor insano la varilla, interrumpiendo brusca-mente sus convulsiones epilépticas para señalar con

siniestra fijeza a éste o al otro forcionista, como si les transmitiese el mandato diabólico de soplar más fuerte.

Entonces fué cuando sintió Martinito la inminencia del ataque. En vano se pellizcaba despiadadamente brazos y piernas, inutilmente evocaba escenas y cuadros lastimeros, viéndose postrado por larga y cruel enfermedad, elefantiasis o tuberculosis, inutilmente asistía a su propio entierro y evocaba la imagen de su calavera allí mismo, sobre la mesa, junto a la media libra de pan mollete.

...Nada, la ola de la risa se hinchaba, avanzaba inexorable, próxima a estallar.... Largo rato pudo contenerla, con grandes sorbos de agua, como si pretendiera fragársela.... hasta que al fin....

Pausa. Los artistas separan sus labios de las húmedas boquillas, agasajan sobre el pecho los instrumentos, con gestos de nodriza, todas las miradas converjen hacia un sujeto largo, negro, algo jibado, con mucha ceja y mucho bigote, vestido de hilo crudo que, destacándose de sus colegas, viene a situarse casi en el centro de la sala. Es indudable que se trata de un solo, esperado con interés y curiosidad...

Y allí fué la catástrofe, pues apenas el solista, enarcadas las cejas, hinchados los carrillos, empezó a soplar en el raro instrumento que llevaba, parecido a una *cachimba*, los sonidos que de éste brotaban, nasales, plañideros, flatulentos, enloquecieron a Marín. Acudió a taparse la boca con la diestra y el sorbo de agua que tenía en la boca se le escapó silbando entre los dedos.

El concurso, estupefacto, le vió alzarse rápidamente y con el pañuelo en la boca, tosiendo con exagerada violencia, agitando la mano derecha para pedir la vènia al señor Obispo, salir precipitadamente del comedor, abriéndose paso entre los artistas sudorosos. Atravesó el pueblo y marchó a campo traviesa hasta que la acequia de la Heredad le cortó el paso. Allí se rió todo lo que le dió la gana, con espasmos que reventaban como olas y agudos clamores que espantaban a los pájaros en el bosque cercano.

...De aquella misma noche data el catarro del oído medio que con evangélica paciencia soportó el Ilustrísimo señor Prat y Subirana hasta el último momento de su vida.





Juliano el apóstata.

JULIANILLO Chiquero, de la estirpe marítima de los Chiqueros, notoria en el risco de San Lázaro, era uno de esos hombres privilegiados, cuya simplicidad psíquica y fisiológica permite definirlos con dos palabras: Juliano Chiquero era un *paquidermo circumspecto*.

Paquidérmicos eran su prolongada jeta, sus morros cárdenos como brevas maduras, sus *paletas* cuadradas y amarillas; paquidérmica su nariz, pirámide de negra carne, en cuya ancha base se abrían las redondas ventanas, como las bocas sibilantes de un horno: paquidérmicos eran en fin sus ojuelos, cuyo párpado inferior cabalgaba constantemente sobre el inferior, de modo que para mirar de frente, el Chiquero tenía que echar hacia atrás la cabeza y entonces, por la estrecha rendija que quedaba entre ambos párpados, se filtraba una mirada gelatinosa, verdaderamente porcina.

Y circunspectos eran su palabra lenta y cautelosa y el ripio fonético de su exclusivo invento que en ella solía intercalar, *denque... denque...*, sea para estimular la perezosa ideación, sea para ganar tiempo y preparar la respuesta en lances de compromiso... y sobre todo eran circunspectos los largos compases de espera que precedían a la adhesión, a la conformidad absoluta y definitiva, que el Chiquero manifestaba por medio de una bárbara onomatopeya también de su exclusivo invento y que más o menos sonaba así:

— Fini quitrún!

.....

Pues señor, de pesquería se hallaba en la vecina costa el pailebot *Celaje* perteneciente a la viuda de Angulo en el que el Chiquero trabajaba, cuando de repente, un domingo por la mañana, nuestro *roncote* desapareció de abordó sin dejar dicho a donde iba.

Pasó aquel día y otro y otro sin que Juliano *recalase*. Entonces el patrón, Nicomedes el *forfolino*, dictó una real orden, engalanada con los *congrios* y *tasajos* de su escogido léxico, según la cual, si el hombre *perdió* no comparecía al albita del día siguiente, el *Celaje* se llevaría con la proa tiesa *pa* Canaria.

...La del alba sería del día de aquel emplazamiento, cuando la tripulación del *Celaje* vió llegar playa adelante, corriendo como una exhalación, a un morazo negro y rechoncho cuyo jaique flotaba como una bandera que llevase enarbolada en el trasero. Al llegar frente al barco, el hipotético musulmán pegó un brinco y cayó en brazos del padre Oceano que le reci-

bió con salivazos y salpicaduras de espumas. Unos cuantos zarpazos le llevaron a bordo del pailebot. Era Juliano que había trocado sus calzones y su chaqueta por un jaique de tela azul lleno de remiendos y de porquerías.

....Después, silencio absoluto. Un misterio impenetrable, como suele decirse en las novelas, envolvió por mucho tiempo aquel interesante episodio de la biografía del Chiquero. Al cabo, un siniestro rumor, salido no se sabe de donde, empezó a flotar en los Riscos, rumor según el cual nuestro roncode había pasado tres días en el aduar del Caid Ali Basis (el Calabazo de los canarios) el cual no solo le había casado por la ley de *Majoma* con una de sus antiguas favoritas, sino que, *encima*, le había hecho renegar de la fé cristiana que recibiera en el bautismo.

Grande fué la curiosidad que tales noticias suscitaron en el hermano Tolomeo, sacristán de San Telmo y contador de los barcos de la señora viuda de Angulo. ¿Que había de cierto en las enormidades que se contaban? El era el llamado a dilucidarlo, él, Tolomeo, a quien sus funciones, medio eclesiásticas, medio marítimas, conferían una jurisdicción cuasi-castrense sobre la gente roncotil.

Al fin una tarde, después de oraciones, pudo *atabicar* a Juliano en uno de los poyos de San Telmo y *sacarle como un burgado* el relato de la extraordinaria aventura.

....Pues señor aquel Domingo, con la fresca, se le ocurrió a nuestro hombre meterse arenales adentro,

Cuando más descuidado se paseaba fumando su *cachimba*, vió que unas manos negruzcas entreabrían el follaje de unos tarahales y que en el hueco aparecía una morita algo pasada que con gestos y sonrisas le enviaba halagüeñas invitaciones. Por un instante, el Chiquero dejó de ser circunspecto, sin dejar de ser paquidermo y poco a poco se iba acercando, acercando, con los ojos porcinos clavados en la aparición, la nariz anhelante, los morros codiciosos... cuando de repente, *zun!* le faltó el piso y medio cegado por la arena, rodó hasta el fondo de la trampa...

Seguidamente comparecieron dos *soyajos* secos como *tollos* y más sucios que el agua de la *cieca*, los cuales, cogiéndole cada uno por un brazo, le sacaron del foso y le llevaron *ca* el Calabozo, acariciándole el trasero mientras tanto con persuasivos puntapiés.

—Y entonces... que fué lo que pasó? Cuéntamelo todo Julianillo sin dejar nada.

—*Denque...* el Calabozo enclavó en la arena un cuchillo tamaño así... y dijo, *ice*.

—Arreniega!

—Jesús mfo!... Y tú...

—*Denque...* yo dije, *igo*, Arreniego!

—No me lo digas! Quitateme delante, pedazo de réprobo!

—*Aspérese, aspérese...* Yo dije, *igo*—Arreniego *pero aluego*, a voz bajita, *pa entre mí*, dije, *igo...* *Denque... denque...*

—Que fué lo que dijiste para entre tí? Acaba, pedazo de plomo.

—*Denque... denque... no arreniego!!*

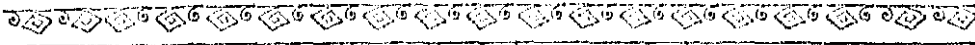
...La mirada porcina filtróse por la estrecha rendija que quedaba entre ambos párpados y fué a posarse con cierta ansiedad interrogativa en el hermano Tólopeo.

Este quedóse meditabundo largo rato. Al fin, alzando la cabeza, dijo gravemente.

—No... no hubo apostasía... si acaso, algo de *largona*. Puedes dormir tranquilo, hermano Chiquero pero... ya sabes, no vuelves al *queso*.

—*Finiquitrún!*





Kli-Klu-Foh-Chung.

DON Agustín Joseph Pamochamoso, nació en el barrio de Triana de la vieja ciudad de Canaria.

Kli-Klu-Foh-Chung nació en un arrabal de Tchong-King-Tchouan, ciudad populosa del Tschoung-Kwo, (Imperio Central, China de los europeos) situada en la márgen del caudaloso río Vang-tsé-Kiang.

Don Agustín Joseph y su hermana Remedios, viejos, solterones y ricos, vivían juntos en la casa en que ambos nacieron, aquella antiquísima mansión de la calle de la Carrera que, desde el siglo XVII, pertenecía a la familia.

Los dos viejos, altos, morenos y enjutos, eran perfectos ejemplares de la casta de maniáticos que tanto abunda en las Canarias, producida por la inactividad moral y física de la vida sedentaria y precursora de los que, andando el tiempo, habían de llamarse neurasténicos.

Cuando le conocimos, hacía años que don Agustín

Josep no ponía los pies en la calle. La causa de aquella estrambótica reclusión fué, según parece, un desajuste (él lo llamaba un *feo*) que le hicieron sus paisanos, o sea un voto de censura que, para protestar de sus insostenibles majaderías, le dieron los *herederos*, siendo él presidente de una Heredad de regantes.

Confinado en su casa, don Agustín se entregó por completo a la sucesiva satisfacción de sus monoideismos. Primero le dió por aprender el clarinete sin maestro (era uno de esos tipos que pretenden saberlo todo) y tenía medio loco al vecindario con interminables ejercicios desafinados y chillones, hasta que un día, harto del nasal instrumento, se lo regaló al medianero de la Cruz del Padre, cortijo que los Pamochamosos poseían en la jurisdicción de Tejeda.

Dedicóse luego a la cría de palomas y en poco tiempo llenó el palomar de ejemplares de las especies *finas* (colaltas, capuchas, volteadoras, buchudas). Se pasaba los días en la azotea, extasiado en la contemplación de sus discípulos, soñando con la creación de inéditas variedades, sin atender a la lluvia de plumas que ensuciaba los patios ni a los dibujos que en las paredes trazaba el incansable intestino de la gente alada.

A la manía colombófila sucedió la del ajedrez que intentó aprender solo, con la única ayuda de un librero. A los pocos días congestionado y medio loco, mandó que tirasen a la *marea* el tablero y las piezas.

Después le entró una devoción fanática por la sociedad y las costumbres de la España del siglo de oro. La peluda cruz que en su faz cetrina dibujaban el bigo-

te y la perilla, acentuaban su parentesco con los Arias o los Gutiérrez del Teatro clásico. Sacó de los desvanes del viejo caserón los muebles carcomidos de otras épocas, que en aquellos dormían el sueño de los siglos, vargueños, sillones frailunos, mesas de retorcidas patas... Proscribió los quinquets de petróleo, poniendo en lugar de éstos los velones de aceite *de comer*, a cuya luz mortecina pretendía leer los periódicos con grave riesgo de perder la vista y hasta llegó a decirse, aunque no a comprobarse, que andaba por los corredores vestido a la antigua uzansa española con gregüescos, golilla y tizona, y que una vez intentó pagar con antiguas piezas de un monetario a una mujer de los Altos de Gufa, que andaba vendiendo por las puertas huevos y manteca.

Pero ninguno de sus caprichos, por absorbente y dominador que fuese, lograba desarraigar en nuestro hombre su fundamental manía, consistente en la distribución parcimoniosa de las horas, en la absoluta sumisión al reloj, cosas todas que habrá que tener por anormales y vesánicas por cuanto, no teniendo el señor de Pamochamoso nada que hacer en todo el día, el tiempo para él carecía de valor.

Tenía formado un cuadro en el que constaba el empleo de cada hora del día y de la noche, y de tal cuadro no se apartaba ni consentía que se apartasen Remedios ni las dos criadas, Sebastiana la cocinera y Dominga, la de *dentro*.

Era inflexible en lo de comer a hora fija y un solo minuto de tardanza era motivo suficiente para que ar-

mase una trapísonda. Solía decir que si él fuese Corregidor todos los habitantes de la ciudad comerían a la misma hora, bastando para determinarla poner atento oído a las campanas de la Catedral.

A las ocho de la mañana, al primer toque agudo del esquilón, el desayuno. Las graves campanadas de las doce, invitaban al almuerzo. A las tres, el esquilón apuntaba la idea de un ligero *taeo* (pan y queso o pan y rapaduras). A las oraciones, la merienda y al toque de ánimas, la cena. Quiso introducir otra hora de yantar, o sea un vaso de leche al toque romántico del alba, pero casi nunca logró despertar a esa hora y además una vez amaneció el vaso con una *cuca* dentro.

.

Kli-Klu-Foh-Chung fué vendido por su padre a un empresario de obras del campo que reclutaba obreros para llevarlos a Filipinas.

El pobre chinito corrió con tan mala suerte que, a los pocos meses de trabajar en una finca resultó, sin saber él como, enredado en un conato de levantamiento de los indígenas contra las autoridades de la Provincia. La policía echó la zarpa a los conspiradores y los infelices chinos que eran poco más de una docena, condenados a la deportación, fueron trasladados a Cádiz y de allí a Las Palmas, cuyo Ayuntamiento, no sabiendo que hacer con ellos, los alojó por lo pronto en la casucha de galante memoria llamada *el seis de copas* (dos puertas y cuatro ventanas) escondida en los recovecos de San Antonio Abad.

Pasaron dos o tres meses y en vista de que la si-

tuación se prolongaba, la Corporación municipal, deseosa de quitarse de encima aquella pejiiguera, acordó *explorar la voluntad de los vecinos* para ver de colocar a los amarillos como criados de casa. De dicha exploración se encargaron algunos concejales, y uno de éstos, don Jerónimo Sabina, primo de don Agustín Joseph, le visitó expresamente para ofrecerle como doméstico uno de aquellos deportados, un reo político, casi un personaje histórico.

Como don Agustín tenía entonces vacante el departamento cerebral de sus extravagancias, acogió con entusiasmo la proposición de su pariente, contemplando en el conspirador que había de barrerle los patios y de cepillarle las botas, a un personaje imperial de alto rango, a un mandarín de botón de nácar o siquiera de botón de coral, e inmediatamente le ocurrió la idea extraordinaria, maravillosa, de aprender el chino, el más difícil de los idiomas que se hablan en el Universo terráqueo.

Pero, ay, las alas del corazón se le cayeron, como suele decirse, tan pronto como Kli-Klu-Foh Chung se presentó ante su vista. El se lo había imaginado revestido de una dalmática violeta, tocado con un gorro exornado con el simbólico botón blanco o rojo, con la trenza sobre la espalda, inquieta y movediza como una serpiente negra... Oh desencato! El soñado mandarín era un infeliz, un pobre diablo pelado al rape, sucio como un peine, con un traje de mahón que parecía un archipiélago de manchas y unas alpargatas cuya blancura era solo una reminiscencia lejana.

Otra ilusión se le deshizo enseguida y fué la de aprender de aquella vez la lengua que él, no sin erudición, llamada de Confucio. En efecto, el chinito no sabía una palabra de español, de modo que había que empezar por inocularle la hermosa lengua de Castilla. A ello se consagró el Sr. de Pamochamoso con el entusiasmo y la tenacidad que en todas sus cosas ponía.

Con protesta de Remeditos y aún de las criadas que desde un principio declararon la guerra al intruso, D. Agustín se encerraba largas horas con aquel en su despacho, sometiéndole a minuciosas prácticas de deletreo y silabeo. Como notase en el muchacho una especial dificultad para pronunciar la B de palo, exigía de él un dificultoso ejercicio que a veces duraba horas, con arreglo al tema siguiente:

— Un burro bebía en un buen balde de bambú.

Para darle mayor amenidad a los estudios el profesor hermanaba la teoría con la práctica (lecciones de cosas). Pretendía que el chico aprendiese el nombre castellano de los objetos, metiéndoselos por los ojos.

De repente exclamaba, pronunciando con minuciosidad y energía, señalando con el índice el carnoso órgano de peludos orificios.

Nariz!

O bien, levantando una pierna y acercando uno de sus piés al imperturbable rostro del alumno.

— Babucha!

Sin embargo de que aquel no daba señales del más ligero progreso, siendo muy probable que estuviera al cabo de meses tan raso como el primer día, el profe-

sor ponderaba la inteligencia del discípulo, sosteniendo que el día menos pensado se soltaría a hablar en castellano, *dejando a todo el mundo con la boca abierta*. Le elogiaba también por su mansedumbre y fidelidad, virtudes que, tal vez con ligereza, extendía a toda la raza amarilla.

La verdad es que el chinito, a quien su amo bautizara por sí y ante sí con el dulce y cristiano nombre de José María, desempeñaba sus menesteres, impasible y silencioso, barria los patios delantero y trasero, la casa-puerta, fregaba los tablados, betunaba las botas, pelaba las papas... Sería mudo?

Ya D. Agustín Joseph empezaba a creerlo, cuando una mañana, al encontrarse con él en el corredor, José María, inclinado el busto, con una mano en cada rótula, pronunció con su extraña voz gutural una frase que en los oídos occidentales sonaba más o menos así:

—*Chau, chau, palanqueta*.

Grandes fueron la sorpresa y el júbilo de D. Agustín. Al cabo, era poseedor de una frase entera, auténtica, del misterioso lenguaje de los Hijos del Cielo! Por poco se empieza y al observar que en presencia de Remeditos y de las dos criadas, José María prodigaba los *chau, chau, palanqueta*, el Sr. de Pamochamoso acabó de convencerse de que se trataba de un saludo respetuoso, de una fórmula impregnada de la refinada cortesía oriental, algo equivalente a las nuestras — *Be-só a Vd. la mano, caballero—A los piés de Vd, señora...*

De ello persuadido, y ansioso de lucir ante sus

amistades sus incipientes progresos en el idioma de Confucio, cuando venían de visita D. Jerónimo Sabina o el canónigo D. Policarpo Cazorla, les alargaba la mano y doblado el espinazo pronunciaba con gravedad.

—*Chau, chan, palanqueta.*

—Y... quiere decir eso, Agustinito?

—Traducido en correcto castellano, beso a V. la mano, caballero.

Tenía Remeditos tres amigas que con frecuencia la visitaban, las tres hermanas conocidas por las Paulinitas, en cuyos rostros morenos y caballares fraternizaban los lunares con las verrugas. A estas *niñas* (la benjamina pasaba de los sesenta) las recibía D. Agustín galantemente, hecho un arco:

—*Chau, chau, palanqueta.*

—Y... quiere decir eso, Agustinito?

—Señoras mías, conviene saber que en el idioma de Confucio una misma frase, según el modo como se pronuncia, persona a quien uno se dirige, gesticulación que la acompañe etc., etc., puede tener varios significados. Para saludar, verbi gratia, los orientales emplean esta fórmula armoniosa, *chau, chau, palanqueta* que de un modo imperfecto pudiéramos traducir en este caso por «A los piés de V. señora»... Vamos, y no me extrañaría que además envolviese una delicada imagen poética, de las que tanto abundan en la Literatura oriental, por ejemplo, *tu sonrisa es como el reflejo del astro de la noche en la rizada superficie de un lago...*

—Tanto bueno, Agustinito.

La felicidad de D. Agustín Joseph hubiera sido completa, si su caro discípulo se hubiera amoldado al régimen alimenticio del país Afortunado. Desgraciadamente, *el hijo del cielo no podía con el gofio* y le tenía al puchero una aversión insuperable. Solo transigía con el *tasarte* y con los *tollos* y aguardaba para *apiparse* a que hubiera judías y sobre todo arroz, del cual consumía casi una plena calderada, con la ayuda de dos palitos de tea, que manejaba con increíble ligereza ante los ojos estupefactos de las dos criadas, Sebastiana y Dominga, las cuales, celosas del exótico servidor, tomando por disimulo e hipocresía la impasibilidad y mansedumbre de aquél, le tenían por adulón y *zorrocloco*.

Una sola vez, el hombre amarillo dió muestras de que, detrás de sus ojos oblicuos, funcionaba un cerebro sensible y pensante.

Una noche, después de la cena en la que José María se puso *al dos de bastos* con un platazo de judías, al pasar por delante de Sebastiana la cocinera, que estaba moliendo café, exclamó aquélla con súbita indignación.

—Fó!

El oriental se detuvo estupefacto. ¿Quién había podido revelar a aquella infiel, nacida en Cuevas grande, al pié de la Cumbre, a tantísimas leguas del sagrado Tschung-Kwo, el nombre mil veces santo del divino Foh?

Su cara amarilla se plegó con un conato de sonri-

sa, de sus ojos oblicuos brotó un benevolente rayo y, acercándose a la cocinera, pronunció despacio, con toda la melosidad y la dulzura compatibles con la modalidad gutural de su garganta:

—Fóoolh...?

—Fól....

.

Pocos meses después empezó a circular por la ciudad la noticia de que el Sub-Gobernador había recibido de la Superioridad la orden de repatriar a los amarillos.

Súpose luego que en el vapor correo «América» había llegado un Teniente de infantería con un sargento y algunas parejas para conducir a Cádiz a los repatriados.

Una mañana, sonaron en el patio unas fuertes palmadas. Era el sargento, que venía en busca de José María. En la calle quedaron los soldados, custodiando a los chinitos que habían ido recogiendo de puerta en puerta. No tardó en formarse un corro de mujeres voingleras y de chiquillos malcriados.

Era llegado el momento del último adiós, José María, arqueado ante D.^ª Remedios y las dos criadas, con una mano en cada rótula, les tributó por última vez el homenaje de la cortesía oriental.

—*Chau, chau, palanqueta.*

Las mujeres, aunque veían con satisfacción la marcha del intruso, se creyeron en el caso de consagrarle alguna lagrimita.

—Adios, José María. Que la Virgen y tu santo patrono te acompañen.

Don Agustín Joseph, liberado del contagio emocional por su gravedad castellana y la conciencia de su incalculable superioridad, acompañó a su discípulo hasta el postigo.

Le había regalado un par de duros, unos zapatos viejos y un terno de lanilla que él usaba dentro de la casa hacía cosa de diez años.

Al abrir el postigo, se detuvo suspenso y algo picado ante la impassibilidad del chinito.

¿Sería capaz de marcharse sin la suprema despedida, sin la fórmula poética y cordial, vibrante de filial y respetuosa emoción?

No señor, que en el preciso instante de traspasar el umbral, José María se volvió y acercando su hocico amarillo al rostro cetrino y bigotudo de su amo y profesor, le dijo al oído muy bajito, con acento interrogativo y dulzón:

—¿*Chau, chau, palanqueta?*

—Sí, sí, *chau chau palanqueta*, mi querido alumno y fiel servidor. Adiós, adiós... Que la tierra y el mar te sean propicios. Pórtate bien. Si te portas bien, te llamarás José María.

.
Aquella misma tarde recibió D. Agustín Joseph la visita del Teniente, quien, cumpliendo las órdenes de la superioridad, tenía que dar las gracias a las familias caritativas que habían acogido en sus casas a los pobres deportados.

Era aquel oficial un mozo de buena estatura, colorado, simpático, con un grueso bigote rubio y unos ojillos azulados y maliciosos.

Como estábamos entonces en época de Semana Santa, D. Agustín y D.^a Remedios le hicieron pasar al comedor y le obsequiaron con bollos *de alma* y vino dorado.

En grata conversación se hallaban, cuando, de pronto, D. Agustín interpeló al Teniente en esta forma:

—Oiga, Sr. de Garcés. Ha estado Vd. alguna vez en Filipinas?

—Ya lo creo. He servido algunos años en el Archipiélago.

—Tengo entendido que allí abundan los chinitos.

—Sí que los hay.

—Y... conoce Vd. el idioma de esa gente?

—Que si conozco el chino? Cál! Ya sabe Vd. que es una lengua de las más difíciles. Entiendo sí, alguna expresión de las más usuales.

—Hombre, hombre... pues me va Vd. a traducir una frase que nuestro excelente servidor usaba a cada momento.

—Cual era?

—*Chau, chau, palanqueta.*

El oficial se puso aún más colorado de lo que estaba. Sus ojillos claros expresaron primero un profundo asombro y luego una inmensa gana de reír.

—Cómo, Sr. D. Agustín, balbuceó. ¿Quiere Vd. decir que el chinito...?

—Sí señor. *Chau chau palanqueta...* Lo decía a

cada instante. A mí, a *ésta*, a las criadas... Para mí... No creo estar equivocado... era una fórmula de respetuoso saludo, algo equivalente en nuestra hermosa lengua de Castilla, a

—Beso a Vd. la mano, caballero...

—A los piés de Vd. señora.

El rubio oficial tosió violentamente en su pañuelo. En su garganta empezó a borbotear una suerte de estertor ronco y entrecorrido.

—Pero, que tiene Vd. señor de Garcés?

—Nada, nada, no haga Vd. caso, es que padezco... de estrechez... de los vasos capilares... Ay!

—Pues bien, tan persuadido estaba yo del sentido ideal y poético de esa frase, que con ella acostumbraba saludar a mis amigos.

—Ay!

—A mi primo D. Jerónimo Sabina, al canónigo don Policarpo Cazorla...

—Ay, ay!

—Y a las amigas de mi hermana, las niñas Paulinias.

—Ay, ay, ay!

—Ya Vd. comprenderá, querido Garcés, mi curiosidad por conocer la traducción exacta... Si Vd. tuviera la amabilidad...

—Sí, Sr. D. Agustín... yo... ay... lo que Vd. quiera... pero...

—Venga pues...

—Don Agustín... la verdad... delante de una señora...

—Sí, ya me hago cargo... habrá alguna imagen erótica, sensual... Estos orientales son incorregibles... Remeditos, retírate.

La vieja salió del comedor, de muy mala gana.

D. Agustín se levantó, temblando de emoción y de curiosidad.

—Y ahora?

El Teniente, inclinándose, susurró en el oído de D. Agustín algunas palabras....

.

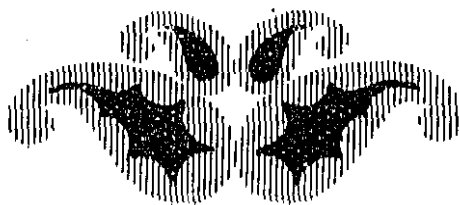
El viejo se llevó las manos a la cabeza.

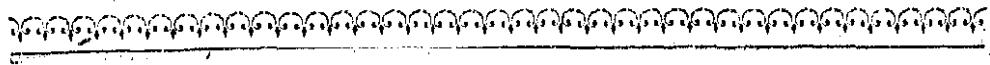
—No me lo diga... oh!

Y cayó desplomado en una silla exclamando con voz reconcentrada y profunda.

—Qué educación!

Y se quedó estupefacto, confundido ante el impudor y la duplicidad de la raza amarilla.





Un ballo in Maschera.

AUNQUE algunos tenían por bobo a D. José, primogénito de la conocida familia de Pérez Porriño, creemos que no estaban en lo cierto. Pepote (así todo el mundo y la propia familia le llamaba) no era bobo; bastaba con meterle el dedo en la boca para convencerse de ello. Pepote no era bobo: era lo que en lengua canaria suele llamarse *sato*, esto es, simplón, inocente, enteramente raso de cultura y de malicia. Maravillaba pensar que aquel *singuango* fuese hermano de los listísimos y despejados vástagos de la aprovechada estirpe de los Pérez-Porriño, conspicuos en la Medicina, en el Foro y en el Comercio.

Pepote pasó toda su vida bajo la autoridad y vigilancia de su hermana mayor, Aguedita, la mujer del abogado Ramón. Ella le levantaba de la cama, le enjabonaba la cabeza y el cogote, le vestía y cepillaba y llevaba la cuenta y razón de los cigarrillos, que constantemente chupaba aquel inocente varón.

No creáis que nuestro Pepote fuese un sér totalmente supérfluo. En el vasto concierto de las criaturas todos tocamos nuestro pito. El de Pepote consistía en una habilidad particular para ciertos menesteres, más propios de la cominera actividad femenina que de la sintética del varón.

Por ejemplo, nuestro amigo no tenía rival en la diplomática tarea del regateo. Sus hermanas Aguedita y Eduvigis, su cuñada Narcisa, le mandaban diariamente a las tiendas de aquella época, a casa de Ripoché, de Peñate, de Jobard, de D. Luis Codina, en busca de paquetes de agujas, de broches, de carretillas, de algodón de zurcir. Alguna vez le confiaban la delicada misión de pedir muestras de zarazas, merinos o fayas y había que oírle discutir con el dependiente acerca de las virtudes o defectos de los respectivos géneros.

—*Pa* mi gusto, decía gravemente, esta zaraza *embebe*.

—Y esta otra hay que ponerla de remojo porque, *pa* mi gusto, *destiñe*.

Y nunca sacaba de una tienda un artículo, sea el que fuere, sin hacer constar antes solemnemente que lo llevaba *condicional*, esto es, sujeto al inapelable fallo de Aguedita.

El que veía por vez primera a D. José, se resistía a creer en la seráfica simplicidad de su espíritu. Era mantecoso y blanco, chico y fofo. Su lácio bigote castaño que le tapaba la boca y sus cejas que pendían sobre el párpado superior, le atribuían algo de la fidelidad y ternera del perro de aguas. Las gafas de oro y

la calva lisa y brillante como una calabaza de agua eran como indicio y presentimiento de claridades intelectuales, de profundidades psíquicas tal vez insondables; pero esta impresión se evaporaba tan pronto como Pepote abría la boca, para hablar, se entiende. Su voz era femenina y ceceosa y además solía tragarse las consonantes, no todas, sino aquellas que, por lo visto, se le antojaban más sápidas y apetitosas.

Pepito deliraba por los libros y periódicos ilustrados. Se le podía tener absorto y sin resollar horas y horas, con solo ponerle delante «El Conde de Montecristo», «El Judío errante» o «Los Monjes de las Alpujarras» para que se recreara en las láminas que él llamaba *monifatos*.

Poseía abultadas colecciones de la «Moda Elegante e Ilustrada» y su pasatiempo más grato era recortar los figurines.

Pepote (esto lo sabía toda la población) tenía los intestinos flojos. Con él no había minuto seguro y a cada momento podía sobrevenir la catástrofe. Si la crisis le acometía en plena calle, como la ciudad era entonces tan corta y tan numerosas las amistades y relaciones de los Pérez Porriño, al paciente le bastaba con refugiarse en la casa hospitalaria más próxima y, cruzando como una exhalación zaguán y pasillos, acercarse a la soledad y al misterio del último rincón del patio frasero.

Había ciertas casas que Pepito favorecía, por decirlo así con afectuosa asiduidad y en las que su visita

era apenas advertida, como la del lechero o la del hombre de las cáscaras del cochino.

Las niñas de Pérez Porriño, Aguedita, Eduvigis y Narcisa, tenían fanática afición a los bailes y reuniones de máscaras que entonces empezaban precisamente el día de Santa Catalina. Para ellas, no había placer que pudiera compararse con el de ponerse una sábana por la cabeza y en los pies las botas de los maridos y previa la tradicional pregunta desde el postigo: *¿Admiten máscaras?* subir, pasar a la sala, y entregarse a los giros vertiginosos del vals, a los saltos de la polka sencilla o al vaivén voluptuoso de la danza.

En cuanto a Pepote, no tenían más remedio que llevarle con ellas, pues no era posible dejarle en casa, expuesto a las diabluras de las criadas.

Pepote, en concepto de máscara, no se distinguía por la discreción. Era que el pobre señor no alcanzaba a entender la trascendencia del sagrado enigma carnavalesco y creyendo favorecer a sus hermanas con la revelación de sus auténticas personalidades, apenas entraba en la sala, se apresuraba a cuchichear con éste y el otro pollo.

—Ves aquella *sarjentina* de la *sábana* con el lazo *encarnáo?*... Es hermana Aguedita.

—Y aquella de la *corcha rameáa* que está bailando con Filomeno?... Es hermana Eduvigis... etc., etc.

Los pollos no tardaban en acercarse a las niñas y con risita sardónica, las dejaban, como suele decirse, pegadas a la pared.

—Mascarita, eres más conocida que la ruda.

—*Soy Aguedita, de Cuba* llegué...

—*Ha buena noche, apreciable Eduvigis...*

—Tus ojos y tu sonrisa

Están diciendo ¡Narcisa!

Las de Pérez-Porriño, confusas y despechadas, se torturaban el magín, pensando quien podría ser el vil soplón, delator de los para ellas impenetrables disfraces.

Porque para Aguedita, cada una de las tres máscaras era una pirámide de Egipto, encubierta por jeroglíficos enrevesados, que hubieran dejado perplejo al difunto Champollion. Y, sofocadas, coléricas, se retiraban al poco rato, pero en todas las casas les sucedía *tres cuartos de lo mismo*.

Pero estos contratiempos, con ser desagradables, se quedaron pequeñitos ante el formidable incidente que les ocurrió con Pepote una noche en la casa de Alvarez Algaba, que era para las tres hermanas de mucho cumplimiento, pues los Pérez Porriño no eran visita de aquella encumbrada familia cuyo jefe era entonces el grave D. Camisiro, consorte de la voluminosa D.^a Amalia, Brigadier retirado, una de las más ilustres víctimas de la entero-colitis que, sin duda envidiosa de las futuras victorias del bizarro isleño, le tuvo recluído en un Hospital de la Habana, durante los años más cruentos de la campaña de Cuba.

Pues señor, aquella noche bromeaba Aguedita con Filomeno cuando sintió que le firaban fuertemente de la falda del dominó. Volvióse—Era Pepote—Entablóse, como dicen las novelas, el siguiente diálogo:

Aguedita. Que quieres, niño?

Pepote. (Voz tímida, suplicante, ademanes persuasivos).

Aguedita. Ves? No te lo dije antes de salir de casa? Ahora te aguantas...

Un poco más tarde, se balanceaba Aguedita en los brazos no muy respetuosos del pollo Oropesa, al ritmo de una de las danzas más lánguidas de la época... *Allá .. en un bosque de la India...* cuando zás! otro tirón.

Pepote (voz apremiante, conminatoria, mímica angustiada).

Aguedita. Pesado! Plomo! Es la última vez que te saco!

Pepote se encogió de hombros con el gesto del que declina toda responsabilidad y lento, resignado, fué a sentarse en el rincón más solitario de la sala. Precisamente en aquel instante, el piano delineaba el contorno sentimental de otra danza «Lejos de tí».

Ves esas nubes encapotadas,
Que amontonadas a verte van...

Las parejas circulaban estrechándose rápidamente las manos...

Pasaron quince minutos... Entonces, a tiempo que una niña muy flaca y muy larga estiraba las notas de un vals, regalo de «La Moda Elegante e Ilustrada» a sus suscriptoras.

Suspiros hay mujer,
Que ahoga el labio en flor...
...Un huesped inesperado, con el que nadie contaba,

pues ciertamente no había recibido tarjeta de invitación, se insinuó en la sala, sutilmente. Su presencia insólita fué acogida con mudas protestas. Los concurrentes, fruncida la nariz, se miraban con desconfianza los unos a los otros. Empezaban a circular vagos rumores, sofocadas risas...

D. Casimiro advertido por Doña Amalia, dejó la mesa del tresillo y, revestido de su inmensa y casi sacerdotal levita cerrada, entró pausadamente en el salón, con la nariz inquisitiva abierta de par en par.

Los consortes sostuvieron en el hueco de un balcón un expresivo diálogo.

Doña Amalia.-Pero, Casimirito, cómo puede llegar hasta la sala...

Don Casimiro.-Entonces debe ser en la vecindad (asomándose al balcón). Vamos a salir de dudas.

Pero, convencido de que el ambiente de la calle era indiscutiblemente más puro que el de la sala, el Brigadier, indignado, dijo para sí:

—No cabe duda, nó! Aquí está el foco!

Y, recorriendo con una mirada circular todos aquellos posibles focos, Don Casimiro entró pausadamente en la sala.

La severa investigación del dueño de la casa no tardó en sembrar el pánico entre los invitados. ¿Era que no todos tenían, por así decirlo, limpia la conciencia? El caso es que más de uno tembló ante la mirada inquisitiva del bizarro veterano. Un infelíz polluelo que concurría a las reuniones por orden de sus padres, para acostumbrarse a la sociedad y combatir el azora-

miento, se ruborizó como una doncella y se le cayeron los lentes. Una señora gorda, interrogada también por la implacable mirada del pesquisidor, se puso lívida como un finado y se le enfriaron las manos y los pies. Era que todos los concurrentes se daban imprecisa cuenta (no en latín, ciertamente) de la verdad contenida en la modesta confesión del poeta *Homo sum* etc.

Al fin, como D. Casimiro se plantase, indeciso, delante del pollo Filomeno, éste, que era más fresco que la piel de un reptil, le dijo:

—No me mire tan *feroche* mi Brigadier, que yo no he sido, pero escuche, yo puedo facilitarle, como el otro que dice, la clave del enigma.

Condújole a uno de los rincones más apartados de la sala y le mostró silenciosamente a una máscara que dormía echada en un sofá tan tranquilamente como si estuviera entre sábanas.

—¿Quién es esa máscara?

—Pepote, mi Brigadier.

—Pepote! No me diga más. Aquí está el foco!

.
Al escuchar las discretas palabras que Filomeno le deslizó quedamente en el oído, Aguedita, horrorizada, se llevó las manos a la cabeza y llamando con imperativo gesto a sus dos hermanas, se llevaron entre las tres al pobre foco, torturándolo con agudísimos pellizcos, a tiempo que entraba en la sala una criada con el braserillo humeante, para echar un zahumerio.



Donde esté y como esté.

DURANTE el primer tercio del pasado siglo, Don Simón Beracochea y Etcheparri, Capitán General del Archipiélago, sostuvo en papeles una agria discusión, cuyo motivo ignoramos, con el Ayuntamiento del pueblo de Andux en la Isla de Gran Canaria.

Cada vez que llegaba a Santa Cruz la correspondencia oficial, S. E. tomaba una tremenda safoquina al enterarse de los *acuerdos* (que risa!) de la que él llamaba asamblea de patanes, sobre todo de aquellos que, según el papel, se habían *adoptado* a propuesta del síndico Don Sebastián Bribiesca y Palomino.

Este sujeto tenía el privilegio de suscitar los berrinches del iracundo procónsul.

Al fin, no pudiendo resistir al deseo de apabullar personalmente a los que él llamaba filibusteros, demagogos y anárquicos, Don Simón se metió en un velero y a las pocas horas desembarcó en Canaria por *primera tierra* o sea por el puerto de las Nieves.

La entrada de S. E. en Andux a caballo, escoltado por sus edecanes, produjo en el pueblo una impresión

terrible. El alcalde, lleno de miedo, se refugió en Las Palmas. Varios concejales corrieron y no pararon hasta el pié de la cumbre.

El Capitán General, constituido en el salón de actos de las Casas consistoriales, mandó a buscar al Comandante militar del pueblo.

Desempeñaba entonces aquel diminuto proconsulado el Capitán de las Milicias Canarias Don Juan de la Cruz Travieso, varón entrado en años, seco, ágil, *gran madrugador y amigo de la caza* y sobre todo, genuino ejemplar de la simpática variedad psíquica del guasón isleño, cuyo supremo deleite en la vida es el del reirse por dentro.

—Capitán, dijo S. E. midiendo con la vista al flaco miliciano ante ella cuadrado con arreglo a la ordenanza, conoce Vd. al llamado Síndico del Ayuntamiento, un tal Don Sebastián Bribiesca y Palomino?

—Ya lo creo, mi General.

—Pues bien, tome Vd. cuatro soldados y un cabo, incántese de ese sujeto y tráigamelo inmediatamente a mi presencia, *donde esté y como esté*. ¿Se hace usted cargo, capitán Travieso?

—Perfectamente, mi General.

—*Donde esté y como esté*. Ya verán esos filibusteros, demagogos, anárquicos, ya verá el irrespetuoso Bribiesca quien es Beracochea. Yo soy Simón Beracochea!

—A la orden, mi General.

Nunca, en su larga vida, se divirtió D. Juan de la Cruz tanto como en aquella mañana inolvidable.

Cuando salió del cuartel, que había sido cuadra en tiempos no lejanos, a la cabeza de los *blanquillos* (el uniforme, por decirlo así de los milicianos, era entonces de dril blanco) el pavor se había difundido por todo el pueblo, los hombres con semblante funerario atisbaban detrás de las esquinas, las mujeres se persignaban en puertas y ventanas y algunas, las señoras de los concejales fugitivos, rezaban de rodillas en la Iglesia parroquial.

El comandante militar atravesó el pueblo por su parte más céntrica, con la cabeza erguida, altanero e indiferente, sin mirar a nadie, aspirando con delicia la atmósfera de terror que gravitaba sobre el desdichado vecindario.

Dirigíase a la finca llamada Hoya del chuchango, propiedad del *encartado* Don Sebastián Bribiesca, en la que éste, según confidencias, se encontraba desde el día anterior, regando sus millos.

Como la mañana era de Agosto, seca y ardiente, el *destacamento* llegó a su destino con la lengua colgante, sobre todo los infortunados *blanquillos*, derrengados por el peso inverosímil de los *chopos*, largos y gordos como piezas de artillería. El Síndico, rendido por el calor, el madrugón y la faena, roncaba a la sombra fresca de unos tarahales.

Aunque era un propietario rico, se ponía, según la costumbre de aquellos tiempos, hecho un *mataperro* cuando trabajaba en la labranza: camisa y *nagiiuetas* de lienzo casero, chaleco negro, faja de color y zapa-

tones de baqueta en los cuales nadaban en su propia salsa los piés negros y juanetudos.

Advertido por un peón que desde un cerro próximo atalayara a la tropa, Don Sebastián se incorporó medio dormido.

El Jefe de la fuerza adelantóse, poniendo una cara entre severa y triste, como de quien cumple a su pesar un penoso deber.

—Es usted D. Sebastián Bribiesca y Palomino, síndico del Ayuntamiento de Andux?

.
—Conteste sin subterfugios. Es usted o no el sujeto de autos?

—*Una vez se dice que la calabaza es buena. ¿De ayer para hoy ya no conoce a su compá Chano?*

—Está bien. Consigne el Secretario que el procesado elude manifestar sus verdaderos nombre y apellidos.

Los blanquillos, en la posición de *descansen, armas*, miraban al reo con expresión de tristeza y alarma. El cabo Bernabé, zapatero gordo y pacífico, a quien el capitán acababa de confiar las delicadas funciones de Secretario, clamó con acento lastimero y suplicante.

—Declare, mi señor D. Sebastián cántelo todo, por su señora y sus hijitos.

- Silencio en las filas, ordenó el Jefe. Continúa el interrogatorio. Su edad, procesado?

—Alrededor de los cincuenta.

—Persevera en su sistema de contestar con evasivas. Su estado?

—Labranza.

—Labranza? Muy bien. Otra sumaria al *canto* por falso testimonio. *Siga la guaracha*. Ahora, atienda usted, encartado—orden del Excmo. señor Capitán General del Archipiélago de llevarle a usted inmediatamente a su sacra presencia, *donde esté y como esté*.

—Válgame mi bendito patrono! Juanito de la Cruz, se lo juro por la salvación de mi ánima. Yo no he *hecho ná*.

—Eso... se lo cuenta usted al Juez Instructor y al Consejo de Guerra.

—Misericordia!

—Andando!

—Pero señor, déjeme que me vista. Como quiere usted que me presente así a la excelentísima Autoridad? ¿No vé que estoy hecho una *bírrria*?

—*Donde esté y como esté*.... Arch! Ah, y se me olvidaba. Una cosa le prevengo, que a la menor tentativa de fuga, la fuerza tiene orden de disparar contra usted.

Los blanquillos se miraron unos a otros, aterrados. En aquel momento no se acordaban de que los fusiles estaban descargados y las cartucheras vacías.

Entonces Don Chano, encarándose con el jefe, le dijo con energía y calor extraordinarios estas palabras:

—Don Juan, yo soy un padre de familia. Yo, fugarme! Yo, desobedecer al sacrosanto general del Archipiélago? Nada, nada... Que me aten ahorita mismito...

en el alpendar hay una soga. Pues no faltaba más. Yo no salgo de aquí sino amarrado.

En este punto le sobrevino al Comandante militar un violento acceso de tos. Con voz entrecortada aseguró al prisionero que bastaba con que diera su palabra de honor de no intentar la fuga, lo que hizo aquel inmediatamente, con grandes clamores y golpes de pecho.....

.

Ahora bien, mientras se efectuaba la busca y captura del delincuente y durante el regreso del destacamento por las tierras polvorosas, bajo la chapa ardiente del cielo de verano, la situación en Andux había mejorado notablemente. El alcalde había llegado de la ciudad, acompañado de un conspicuo cacicón y de un Abogado listísimo. Llevaban más de dos horas de conferencia, S. E. había pronunciado ya cuatro discursos y *se andaba* en el exordio del quinto. Como la elocuencia producía en él los efectos de un emético, el hígado recobraba la normalidad de su ejercicio y las pulgas del General, generalmente malas, mejoraban de condición, se volvían tolerantes, casi benévolas.

La entrada del destacamento en el salón de sesiones fué un desastre, porque vino a cortarle la hebra al orador en el tema más interesante del quinto discurso.

—Voto a bríos, clamó S. E. malhumorado. ¿Que diablos de gente es esta?

—Mi general, contestó D. Juan de la Cruz Travieso espada en mano (la había sacado de la vaina mientras subía la escalera), cumpliendo sus órdenes superiores,

pongo ante su excelentísima presencia al síndico de esta corporación D. Sebastián Bribiesca y Palomino.

El general, estupefacto, contemplaba al encartado.

¡Cómo, el anárquico, el demagogo, el filibustero, el osado autor de tantas pérfidas insinuaciones contra la Suprema Autoridad del Archipiélago (eran del Secretario) *en una palabra*, el Robespierre de Andux, era aquel infeliz, negro y sudoroso, con su barba de una semana y sus greñas incultas que le llegaban hasta las cejas?

Y repetía en el colmo del asombro, mientras los circunstantes, el cacique, el abogado, el alcalde, los blanquillos, y algunos intrusos que se habían colado, atendían con curiosidad no exenta de pavor.

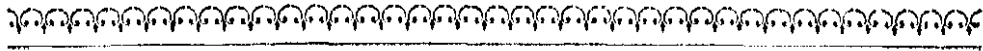
—¿Pero es Vd. el síndico D. Sebastián Bribiesca y Palomino? Es Vd. el síndico D. Sebastián Bribiesca y Palomino?

Entonces fué cuando D. Juan de la Cruz Travieso puso fin y remate a la escena con un rasgo de socarronería isleña, que la Historia ha conservado.

Adelantándose con la espada tiesa, apuntando con ella al pecho del miserable prisionero, soltó con indiferencia desdeñosa, la frase memorable:

—Lo ensarto, mi General?





Las dos patitas.

ROSENDA y Aurora, las dos Patitas, sobrinas del difunto beneficiado de la catedral D. Bernabé Canino, tenían en aquel tiempo viejo una tienda cerca de la Cruz Verde.

Eran ambas solteronas, gordas, con la gordura *sedosa y blanquecina de la gente sedentaria*. Al caminar abrían mucho las piernas, descargando el peso del cuerpo alternativamente sobre uno y otro pié, para evitar el roce de sus carnosidades, balanceándose como el más vulgar de nuestros palmipedos, de donde el apodo con que eran conocidas en toda la Ciudad.

Fuera de las astucias y marrullerías que nacen y crecen como plantas retorcidas a la sombra del mostrador, las dos Patitas eran sencillas, inocentonas e inofensivas. Su ideal era la vida tranquila, una senda enarenada, sin pedruzcos, suave y uniforme, desarrollándose de uno a otro horizonte.

A las siete, iban juntas a misa a la parroquia de

San Agustín. A las ocho abrían la tienda y en ella pasaban todo el día, *repollinadas* en sendos sillones, levantándose por turno para despachar algodón de zurcir, carretillas de hilo, madejas de estambre, azúcar, fideos, arroz, especias y a veces el vino, el ron o la miel de caña depositados en un almacén interior, con puerta al patio.—Almorzaban y comían una después de otra para no dejar solo el establecimiento, y a las siete en punto el peón Matías cerraba las puertas de aquél, quedando las mercancías entregadas al gratuito consumo de los ratones y de las *chopas* que desde la entrada de la noche se posesionaban como dueños del vetusto caserón.

Antes de acostarse, Rosenda y Aurora, en zagalejo y con una nube por los hombros, registraban toda la casa, y especialmente la cocina y el cuarto de la plancha por si las criadas habían dejado alguna pavesa. El temor al fuego les amargaba la existencia. Constantemente vigilaban a Matías a ver donde tiraba los *cabos* de cigarro y con mucha frecuencia, se levantaban de la cama para registrar de nuevo toda la casa. Bastaba para ello que una de las patitas, desvelada, le preguntase a la otra.

—Niña, no te dá olor a cosa quemada?

Enseguida bajaban al patio e iban a aplicar la nariz a la cerradura del almacén.

En las noches en que no había novena, las dos niñas visitaban a D. Jerónimo Bermúdez, amigo de la infancia del finado D. Bernabé, Procurador retirado de la curia, que empleaba los últimos años de su vida en

dar consejos gratuitos a todos los que los solicitaban, siendo obligado oráculo en lo tocante a compras de fincas y colocación de cantidades. Las Patitas tenían una fé ciega en los consejos de D. Jerónimo, los seguían al pié de la letra y no hacían nada sin consultarle.

Tanto Rosenda como Aurora eran famélicas devoradoras de novelas, o mejor dicho de determinadas novelas, cuadrándoles muy bien la denominación de mujeres *univs libri*. En efecto, las Patitas adoraban a Dumas padre y se pasaban la vida leyendo y relejendo las traducciones de aquél, con láminas, que les prestaba Patrocinio, la hermana de D. Jerónimo, sobre todo la série inmortal que empieza en *Los tres mosqueteros* y acaba en *El Vizconde de Bragelonne*, llegando a intimar de tal suerte con los protagonistas o héroes de la ficción dumasiana, que hasta les habían dado ingreso en su propia vida familiar, acercándoles en la vieja ciudad canaria. Artagnan, por ejemplo, era el Teniente Perdomo de las milicias provinciales, propietario de un lunar de pelo, conquistador indígena, especialista en criadas de casa. Porthos con el maestro carpintero Pepe el canario, de la ladera de San José cuya inusitada estatura le había valido el honor de figurar como Hércules Farnesio en una cabalgata benéfica, organizada para socorrer a *nuestros infortunados hermanos de Fuerteventura*. Aramis era el canónigo peninsular don Dámaso de la Cueva, personaje acicalado y peripuesto y Alhos, en fin, era el poeta lírico Zacarías del Pino Barrientos, célebre por su parecido con Pepe Zorrilla. Tirteo demoleador de los imaginarios derechos de

Santa Cruz, Lamartine dulcísimo al lamentar el fallecimiento de una novia suya, ocurrido en el pueblo de Valsequillo, a consecuencia de una fiebre tifoidea.

Ya que de las Patitas hablamos, no debemos *silenciar* su delirante afición al Teatro. Ya fuese la compañía de ópera, ya de *verso*, las dos hermanas eran *punto fijo* en la galería alta donde sus dilatadas circunstancias ocupaban el área de cuatro personas. Según ellas años después decían, les tocó la suerte de presenciar los grandes éxitos del Teatro viejo, por ejemplo, de admirar a la Isidora Segura en la «Hija del Regimiento», a la Marlínez en «Redención», al tenor Prat en la «Marina», a Virginia Tili en «Lucrecia Borgia».... Por cierto que esta última señora, fué la causa inocente de que las buenas Patitas conocieran el odio, pero un odio africano a la Gordosa, la tiple ligera que una parte del público dió en *apopar* y aplaudir para fastidiar a los partidarios de la Tili.

Nuestras Patitas no podían aguantar a la Gordosa. Apenas salía a escena, protestaban en voz baja.

—*Repunante*, odiosa, mal criada... y creyeron morir de risa, cuando una noche, al terminar la pobre muchacha una *fermata* con mucho gorgorito y mucha apoyatura, uno de los fanáticos de la Tili dijo en alta voz.

—Ya puso.

.

Esta plácida vida canaria la vino a ensombrecer, cuando menos se pensaba, una nube, cargada de lfos

y de disgustos, o sea la visita de un señor inspector de alcoholes y del timbre.

Rosenda y Aurora no hablaban de otra cosa y tenían asediado a Don Jerónimo con preguntas y demandas de consejos. En vano el bondadoso amigo procuraba tranquilizarlas, asegurándoles que nada les pasaría ni podría pasarles, hallándose como se hallaban, en *condiciones legales*. El miedo injustificado, el presentimiento estólido de una catástrofe inminente, amargaban la existencia de las dos niñas, que llegaban hasta a apetecer ardientemente que de una vez llegase el cataclismo que había de aplastarles.

Al fin, una noche, al terminar un partido de napolitana, D. Jerónimo las dijo:

—Enhorabuena, niñas, al fin van ustedes a dormir tranquilas. Ya el señor Inspector acabó con el comercio de Triana. Mañana empieza con Vegueta.

—Entonces D. Jerónimo, nosotras...

—Creo que la visita será mañana por la tarde. No cierren temprano porque el señor inspector tiene mucho trabajo y tal vez no recale por allí hasta las nueve.

Aquella noche no durmieron las Patitas. Pasó aquel día memorable, indicado para la visita y al siguiente, muy de mañana, acabadita de salir la criada de D. Jerónimo para la compra, oyó aquél que abrían el postigo y que palmoteaban discretamente en el patio.

— Quién?

— Paz.

Era Rosenda. El viejo pensó, conmovido.— Debe

venir a contarme los pormenores de la visita. —Pobres niñas!

—Suba, Rosendita, suba...

—Gracias, D. Jerónimo, no subo. Bastante imprudente soy viniendo como el otro que dice, a levantarme de la cama.

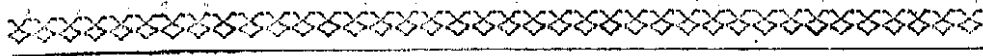
—Y que tal? Ya habrán dormido tranquilas anoche.

—Nosotras? No hemos pegado los ojos.

—Que me dice, Rosendita? No puedo creer que el señor inspector haya podido mortificarlas...

—No es eso, D. Jerónimo. Es que no vino el señor inspector y esperándole, hemos estado abiertas toda la noche.





El valle de Fosapiá.

GRANDE fué la estupefacción de los amigos y parientes de Dieguito María Calcines, el de Barranco Seco, cuando supieron que aquél trataba de embarcarse para la Península y el extranjero.

—Amañado lo cogieron, decían los unos. Un hombre viejo ya, que nunca ha salido de su rincón. Le sacarán los cuartos y se reirán de él.

—Lo mejor que hace, replicaban otros. ¿Pa que quiere la *conveniencia* que tiene? ¿Pa que se la coman los sobrinos?

Porque Don Diego no tenía otros parientes más próximos. Era viudo sin hijos.

Lo cierto del caso es que mi hombre se embarcó para Cádiz el ocho de Septiembre de 187... día de Nuestra Señora del Pino, en el vapor correo «América», que alternaba con su colega el «Africa» en la tarea bimensual de comunicar a las Afortunadas con la madre patria... Eran ambos vapores unos armatostes, de

negra y desairada estampa, casi tan diligentes como sus abuelas la «Santa María» y la «Pinta» o como su tatarabuela el Arca de Noé.

Adviértase que el señor Calcines era pasajero de segunda clase y que no tomó billete de tercera porque a última hora, cuando fué a pedirlo a la casa consignataria, le dió vergüenza y no se atrevió.

Había que ver la segunda del «América», o la del «África», porque nada tenían que decirse la una a la otra. La cámara era simultáneamente dormitorio y comedor: había una mesa grande en el centro y en los costados una doble fila de literas, separadas del refectorio tan sólo por unas cortinas de percal, de modo que al infeliz viajero, que yacía, candidato a cadáver, en su camarote, llegaba el vaho repulsivo de los guisotes, el ruido de la masticación y la tufarada de los pestíferos tabacos, mientras que, *por vía de compensación*, los comensales asistían, sin perder un detalle, a todo el proceso del odioso *mal de mar*, desde el hipo de las primeras fatigas hasta el gorgoteo de la exoneración final.

Por cierto que uno de los motivos invocados por los amigos y parientes de Dieguito para disuadirle de lo que ellos llamaban una locura y un disparate, era el suplicio del mareo.

— Tú no sabes lo que es eso, Dieguito María. Son las fatigas de la muerte.

El compadre Miguelito Fleitas era uno de los que le acosaban con negros vaticinios y hasta con el son-

sonete de una danza vieja que entonces todavía se cantaba en los Carnavales.

— Pá la Habana te vas niña.

Jesú, que lejos te vas.

No te vayas niña mía

Que te vas a mareá.

De aquí las precauciones tomadas por el buen isleño contra el monstruo, botellas de agua agria, limones, frasco de agua de la Florida... que todas resultaron inútiles, pues nuestro Don Diego, cual si llevara en el bolsillo una tarjeta de recomendación de Neptuno, se paseaba desde el primer día por la cubierta desdeñando los más tremendos bandazos, y frecuentaba sin la más ligera basca los más félicos lugares del barco.

Parecía un lobo de mar y aún de tierra por el feroz apetito que en él desarrollaba la fresca brisa del Atlántico.

No había bistec, por testarudo y empedernido que fuese, capaz de resistir a su enérgica ofensiva.

En un ángulo del comedor y cerrado por una fuerte hoja de madera, había un escotillón que daba acceso a un sótano, donde al parecer la gente del barco hacinaba despojos y cosas inservibles. Ahora bien, cuando la refacción estaba en su periodo más interesante, cuando Don Diego y los estudiantes canarios, estos últimos ya convalescientes del mareo, abrían trinchera en el arroz con pollo o infligían un duro castigo al pescado en escabeche, un camarero, emisario más que probable del mayordomo, abría inocentemente el portalón del sótano y era tan infecto el olor que de aquel

se desprendía que casi todos los pasajeros abandonaban la mesa para ir en busca de la suave y purificadora brisa del mar.

Solo D. Diego permanecía heroicamente en su sitio y usaba de su derecho hasta el último plátano, hasta la última manzana.

Nuestro viajero no saltó en Santa Cruz de Tenerife de cuyo puerto el «América», llegado a las cuatro de la tarde del ocho, no saldría hasta el día siguiente a las diez de la mañana, y se abstuvo de saltar, no por razones de orden económico, porque según él decía, a mí no me duele gastar un duro *si a mal no viene*, sino por elevados móviles de patriotismo, o sea por el temor de encontrar en la Capital interina algo que pudiese agradarle.

Cuatro mortales singladuras, amenizadas por el viento de proa, le costó al «América» la llegada a Cádiz, conduciendo a Calcines y su fortuna.

Al abrirse las escotillas, tuvo D. Diego un rato de ansiedad y de angustia, porque se le puso en la cabeza que su equipaje se había quedado en Canaria.

Porque es de advertir que Dieguito pertenecía a esa categoría de viajeros que consideran al baul y a la sombrerera como una prolongación del *domus* y a quienes el placer de viajar (sí es que le hay) lo amarga constantemente la idea del posible robo de un par de calcetines y cuya atención, desviada de los solemnes espectáculos de mar y tierra, se reconcentra en el interior del cofre y viaja allí, junto a los cuellos postizos y al jaboncillo del Papa.

...En aquellos tiempos había un dragón, o si se quiere, varios dragones que dificultaban el acceso a la excelsa Gadir. Queremos referirnos a los mandaderos, famélicos gandules que torturaban al viajero queriendo aplicarle la teoría de los dos viajes, uno del muelle a la Aduana, otro de la Aduana a la fonda, interpretación farisáica de la tarifa que daba lugar a interminables discusiones. Los más de los viajeros, aburridos, acababan por pagar lo que aquellos bergantes reclamaban, *por quitarselos de encima*, pero los estudiantes se resistían como diablos, defendiendo tenazmente el haber de su exíguo presupuesto.

En esta ocasión a que nos referimos, alentados por el tesón y la elocuencia de D. Diego, prolongaron la ofensiva hasta quedarse roncos, en el patio de la fonda del Paraíso.

Como el isleño gritaba, alzando la diestra, con una moneda entre el índice y el pulgar:

—Dos pesetas! Está muy bien pagado, ni un cuarto más!... Uno de aquellos mastuerzos le replicó con insolencia:

—Oiga, señorito, ezo ze yama vivir de la zangre de loh probe...

—¿Que has dicho, *mataperro*?

Como una fiera cayó D. Diego sobre el deslenguado gahnápiro, agarrándole por el cuello de la camisa con su férrea zarpa peluda, y ya iba a descargarle una trompada de esas que no tienen réplica, cuando se interpuso, en persona, el respetable dueño de la fonda del Paraíso,

Al día siguiente, hubo una suerte de pugilato entre los estudiantes canarios de la Central y los que cursaban en Barcelona, disputándose la persona de D. Diego, que cada grupo aspiraba a llevarse consigo.

El triunfo quedó indeciso porque el infeliz Calcines, después de una noche de perros, amenizada por un horrendo dolor de muelas, amaneció con un flemón que no contribuía a hermostrarle. Tuvo, pues, que quedarse unos quince días en la *hermosa capital andaluza*, hecho un demonio, visitando al médico hasta tres y cuatro veces en cada día hasta que al fin aquél, con la extirpación cruenta del molar, le devolvió el sueño y la afición a la vida.

Y aquí, solicitando del lector, si le hubiere, la más absoluta reserva y si preciso fuere juramento o promesa por su honor de guardar secreto, revelaremos el de Don Diego María Calcines, que hoy contadas personas conocen y es el siguiente.

Desde el primer día de su viaje, apenas sintió oscilar bajo sus plantas las tablas del «América», le acometió a Dieguito el *mal del regreso*, una nostalgia aguda, obsesionante. Hubiera dado algo (no precisaba la cuantía) por hallarse en Barranco Seco, fumando un virginio envuelto en una camisa de millo, junto al alpendar. Todas las cosas canarias, la calle de Triana, el muelle, la botica, la plaza del Mercado, hasta los riscos con sus cuevas y sus míseras casuchas, misteriosamente idealizadas, le parecían retazos deliciosos de un Paraíso perdido. Anhelaba la vuelta con una especie de frenesí que llegaba a asustarle.

Claro es que él podía, cuando le diese la gana, *coger* el «Africa» o el «América» y al cabo de cuatro o cinco singladuras, volver a contemplar el perfil amado de la Isleta. Pero ¿y su dignidad y su palabra de caballero? El había dicho a todo el mundo que para ver a Madrid, a Barcelona y aún a París, no valía la pena de embarcarse; que él no salía de su casa para ver lo que estaba ya *relajado* de puro visto y que él, Dieguito María, si Dios le daba su venia, *iría a tener* a Roma y ¿quien sabe? a la mismísima Tierra Santa.

Al llegar a este punto le parecía estar viendo la incrédula sonrisa con que Miguelito Fléitas acogía estas fanfarronadas, al paso que recitaba entre dientes el popular y socarrón estribillo.

Me parece que te veo,
Burro blanco en el terrero!

Sin embargo, había que decidirse. El no podía que darse eternamente en la fonda del Paraíso. ¿A dónde iría, a Madrid o a Barcelona? Pues a Barcelona, puerto de mar donde le sería fácil, *si a mal no viene*, agarrar un vapor y plantarse en Las Palmas o cuando menos en Santa Cruz de Tenerife.

Pues ya le tenemos en la *ciudad condal*, metido en un simón, camino de la casa de huéspedes en que entonces vivían los canarios, calle de Tallers, número tantos.

Ya podéis figuraros el entusiasmo con que los chicos acogieron al viejo Calcines, emisario algo grotesco del país lejano, con su indeleble estampa de canariote, eternamente vestido de negro por una costurera,

con su *cachorra* ladeada, su leontina de plata, y los ojillos desconfiados brillando en la ancha cara juanetuda, exhornada con el bigote rudo y gris, debajo del cual serpeaba su sonrisa cautelosa y marrullera.

Pasaron algunas semanas sin que los estudiantes pudieran satisfacer su ardiente curiosidad. ¿Qué hacía el enigmático Calcines en Barcelona? Al fin, una noche se franqueó aquel con Macías, al que tenía por el más serio y discreto de los paisanos. Él, (D. Diego) deseaba tanto como la salvación de su alma, volverse a su querida Canaria y al mismo tiempo le tenía un miedo feroz a los comentarios del compadre Miguelito Fléitas, del Procurador Merino y demás amigotes a quienes había prometido el relato de sus aventuras.

Sometido el caso a un cónclave estudiantil, los chicos aprobaron con gran estrépito y algazara el descomulgado proyecto de uno de ellos, el más diabólico de todos, Veguita. Proponía éste que D. Diego se quedase unos tres meses en Barcelona y que después se marchase tranquilamente a Las Palmas, contando a todo el mundo su fantástico viaje a París, a Roma y a Jerusalem.

—Usted será el Châteaubriand de Barranco Seco, clamaban los estudiantes, palmoteando.

—Paren la jaca, compañeros. Eso tiene sus más y sus menos.

—A ver, a ver...

—Quien me responde de que ustedes, con perdón, no vayan con el cuento en las vacaciones y quede yo en *redículo*?

—Hay un medio muy sencillo de tranquilizar a usted, D. Diego.

—¿Señor?

(Es de advertir que D. Diego, aunque hubiese oído perfectamente a su interlocutor, solía emplear el referido interrogante para tomarse el tiempo necesario para preparar la respuesta).

—¿Señor?

—Pues nada, jurándole a usted solemnemente el secreto más absoluto.

Teodorico trajo entonces una estampa de S. Antonio que estaba en la alcoba de la patrona Madama Mélanie, la puso entre dos palmatorias encendidas y todos los estudiantes, estirando un brazo, pronunciaron gravemente:

—Si juro.

Entonces comenzó la divertidísima tarea de preparar a Calcines para los *exámenes de prueba de viaje* a que seguramente le someterían sus coterráneos.

Uno de los chicos, que conocía a Paul de Kock mejor que a Justiniano, le inculcaba sucintas nociones del bulevar de los Italianos, del *buá de Buloñ*, del *Lúvre*, del *Cadrán bleu*, aderezando con pinceladas maliciosas las escenas de Mabilie y de *Foli beryer*. Otro le preparaba para Roma, introduciéndole en la mollera, con la ayuda de un album, lo más interesante de la Basílica de S. Pedro, del Vaticano, de la Capilla Sixtina, sin olvidar a los maestros Miguel Angel y Rafael, nombres que para D. Diego tenían cierto relente canario y que asociaba para no olvidarlos, con los del maestro

Miguel el talabartero y del famoso barbero y médico amañado de Telde, maestro Rafael el del Palmital.

Y en fin, todos se empeñaban con el auxilio de fotografías, adquiridas naturalmente a costa de Calcines, en inculcar a éste la visión de la Tierra Santa, la solemnidad del Santo Sepulcro, la augusta poesía del Jardín de los Olivos, el desfile multicolor de las peregrinaciones.

Pero la alegría estudiantil llegó a su colmo cuando vino el momento de embadurnar al imaginario turista con cierto barniz filológico que, supuesta la ingénita torpeza del catecúmeno, hubo de concretarse a un corto número de frases.

Por ejemplo, del léxico francés:

—*Pardón... merci, joni suá qui mal y panse.*

Del italiano:

—*Se non e vero e ben trovato. Bona sera... las chiati oñi esperanza.*

Y como los preparadores no tenían la más somera idea de los idiomas que en Palestina pueden hablarse, Veguita tuvo el tupé de enseñar a D. Diego las primeras palabras del Génesis.

—*Breschit bará Eloim...* convertidas en fórmula de un piropo, equivalente en castellano a *ole, ole, por tu salero*, con el que el viejo, hipotéticamente, solía requerir a una hipotética samaritana.

Nunca olvidarán los estudiantes canarios aquella temporada de tres meses durante la cual Dieguito María, el de Barranco Seco, sin moverse de la calle de Tallers, número tantos, se trasladaba del cerebro del

mundo a la ciudad eterna y de ésta a la Cuna del Cristianismo, sin aflojar un cuarto, que era lo más chistoso y lo más grato para el protagonista, quien se sentía bañado en agua de rosas cuando pensaba que él había presupuestado para todo el viaje la suma de mil pesos corrientes, 3.750 pesetas, y que probablemente la cuenta de gastos apenas alcanzaría a la mitad, quinientos pesos o sean 1.875 pesetas.

El único temor que amargaba la placidez de aquel trimestre paradisiaco era el que tenía el buen Calcines de encontrarse cualquier día en la calle con ciertas personas de su conocimiento que vivían entonces en Barcelona. Era una de aquellas un Magistrado de la Audiencia, D. Manuel Pastor y Camps, que había sido Juez de primera instancia de Las Palmas, y las otras el dulcero o confitero catalán Robirosa, que tuvo tienda en la calle de los Malteses y era casado con una muchacha de Gáldar.

Determinó no salir sino de noche, y el día lo pasaba de parola con los huéspedes o jugando al domino con la patrona francesa Madama Melanié, relamida jamona que intentó en vano conquistarle, con fracaso notorio de sus más lucidas batas.

Como todas las precauciones le parecían pocas para garantía del secreto y del éxito de la ingeniosa y económica combinación, Dieguito, siguiendo el consejo de los paisanos, se rasuró totalmente el rostro y adquirió unas gafas negras, con todo lo cual el hombre estaba para que lo metieran en la cárcel.

Era tan grande su temor de que le despejaran la

incógnita, que bastaba que uno de los chicos, cuando iban de paseo por las Ramblas, dijera de pronto con sofocada voz:

— Ahí está D. Manuel, ó — Que viene Robirosa! para que el viejo saliese escapado hácia la calle de Tallers, quedando los otros en libertad de correrse una juerga estudiantil.

Al fin llegó el anhelado día de la marcha. Todos los estudiantes se constituyeron abordo del trasatlántico francés «Alexandre Bixio» que hacía escala en Santa Cruz de Tenerife. Despedidas... abrazos...

Veguita llama aparte al viajero.

— D. Diego, mucho ojo. No vaya Vd. a trabucarse. A ver, échese el piropo a la Samaritana.

— Señor?

El piropo a la Samaritana.

— *Joni suá qui mal...*

— Cá, hombre, cá! No es eso...

Breschit...

— *Bará eloin.*

— Angela María!

Cuando el señor Calcines llegó a Canaria en el pallebot correo *La Polar*, la gente vacilaba en reconocerle, desorientada por la cara imberbe que parecía más negra como acabada de barnizar, los espejuelos sombríos, el terno claro de género catalán y el sombrero de paja, adquiridos en Barcelona.

No era Dieguito María no, era un peregrino, casi un cruzado, un Godofredo de Bouillon que hubiese of-

do retumbar el ¡*Dios lo quiere!* en el fondo de Barranco Seco.

Comenzaron entonces las memorables veladas en la finca del señor Calcines.

Vierais allí al compadre Miguelito Fleitas y al Procurador Galindo, resignados al papel pasivo y secundario de oyentes: a D. Joaquín María Pedroso, a don Narciso Almeida, al señor Manzano, viejo casi centenario, a Aniquita Gordillo, con sus dos niñas solteras, Asunción y Leoncia.

Celebrábanse las conferencias en la sala unas veces; otras, al libre aire de aquellas noches de Enero, serenas y templadas como las del estío.

—A ver, Dieguito, échate algo de París.

—Señor? Ah, París, París! La ciudad eterna! Los grandes bulevares, más gentío que en la procesión del Viernes Santo, gran *escorrozo*, sin fin de caballerías...

—Y los franceses?

—Muy *pitres*, muy relamidos... les das un pisotón, *pardón!* Les compras cualquier cosa, aunque sea un cigarro de a cuarto, *mercé!* Pero si te descuidas, te salan.

—Y las parisienses?

—Las parl... Mira si el diablo te tienta! Mabillet *Foliberyere*... Fuerte relajol

—Cuidado, D. Diego, que hay señoras *delantre*.

—*Joni suá qui mal y panse.*

—Y Roma, Sr. D. Diego?

—Oh Roma, el cerebro del mundo... no, carrizo, que me trabuco. Fíjense. El cerebro del mundo *como*

el otro que dice, es París y Roma, la ciudad eterna. A cada uno lo suyo. Pues como iba diciendo, Roma... Ví *porción* de peregrinaciones, de todos los pueblos del Universo terráqueo, los chinos, los cafres, los cubanos, los catalanes, los majoreros...

— Visitaría el señor D. Diego la capilla Sixtina, el Museo del Vaticano?

— Como no? Pa qué me dice nãa? Fuerte riqueza! Es cosa de nunca acabar. Allí están, *como el otro que dice*, los *produtos* de toda la gente de pesquís, el arte fino, compañeros, mayormente de unos sujetos... ¿Como se llaman?... A ver si me acuerdo... los maestros Miguel Angel y Rafael. El Miguel fué *mermolista* y el otro, Rafael el del Palmital, *retratista*.

Llegados a la Tierra Santa, Dieguito que estaba muy flojo en Palestina, recurría a las fotografías, a las estampas y reparía entre los concurrentes las reliquias compradas en Barcelona, rosarios, medallitas, huesos de aceituna.

— Oiga, Dieguito María, era guapa la Samaritana aquella del cuento?

— Pues tenía su *reburujón*.

— Y como era el piropo que usted le echaba?

— *Laschiati oñi...* digo, *Breschit bará eloin*.

— Cuidado D. Diego, que hay señora *delantre*.

— Ellas no entienden el turco.

Una noche, Dieguito estuvo a dos dedos de la catástrofe.

El señor Manzano, viejo casi centenerario que hasta la fecha había guardado un silencio de momia, tomó

de pronto la palabra y dijo con su voz subterránea que parecía venir de un planeta lejano:

—Y el valle de Josafat?

—Señor?

Un sudor frío bañó la frente de Dieguito María. Condenados muchachos! condenado Veguita! Se habían olvidado del Valle de *Josapiá!*

—Y el valle de Josafat? repitió el viejo.

De pronto Calcines se sintió traspasado por el rayo divino de la inspiración. Su cerebro crujía, se dilataba, como el del artista en los momentos que preceden al parto magnífico de la obra maestra, y como la conferencia se celebraba aquella noche al aire libre, enarboló la diestra y señalando al fondo pedregoso del barranco, dijo con cierta lentitud majestuosa:

— El valle de *Josapiá?*... pues... Barranco seco.



ÍNDICE

El temporal de Reyes	9
Suicidio	23
Y yo llevo el guidón	29
El Joléo	33
¿Se alcanza?	35
En la gloria...	37
La panadería	39
Pica-pica	41
Juanito-Tántalo	45
Papá Bombardino	53
La filosofía de Juan Rapadura .	57
El fantasma	61
Tuberculosis	71
La ilusiones de Panchito Fleitas	81
La arenga	89
La cena jocosa.	95
Juliano el apóstata	101
Kli-Klu-Foh-Chung.	107
Un ballo in maschera	121
Donde esté y como esté.	129
Las dos patitas	137
El Valle de Josapiá	143